

Mito nacionalsocialista alemán: origen y desarrollo.

Resumen:

En este trabajo se analiza el origen y desarrollo del mito nacionalsocialista alemán. Para ello abordamos los principales componentes míticos que, al amparo de las corrientes de pensamiento alemanas se van consolidando desde la Ilustración hasta las primeras décadas del siglo XX y que más tarde el nazismo incorporará a su ideología como poderoso elemento identitario.

TRABAJO DE FIN DE GRADO

AT-403-5 Historia Contemporánea.

Autor: Domingo José Sánchez Duque

Tutor: Doctor Francisco Quintana Navarro

Grado en Historia

Curso: 2018-2019

Convocatoria: junio

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN.....	3
1.1 El Tema.....	3
1.2 Objetivos.....	5
1.3 Metodología.....	6
1.4 Estado de la cuestión.....	7
2. LA CONFIGURACIÓN DEL CONCEPTO “NORTE” COMO MITO.....	10
3. IMPACTO DEL ROMANTICISMO Y EMERGENCIA DE LA “CUESTIÓN ALEMANA”.....	12
3.1 Systemprogramm: camino hacia una nueva mitología	13
3.2 Los nuevos derroteros de la “cuestión alemana”.....	19
4. OCULTISMO Y ESOTERISMO COMO CATALIZADORES IDEOLÓGICOS...	22
5. KULTURNATION.....	35
6. LA APROPIACIÓN DE LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA.....	38
7. CONCLUSIONES.....	44
8- BIBLIOGRAFÍA.....	50



1. INTRODUCCIÓN

1.1 El tema.

Veinte años atrás visioné por televisión un documental titulado: “la conspiración del ocultismo” que versaba sobre la conexión de la Alemania nazi con extraños cultos esotéricos que tuvieron gran implantación entre destacadas personalidades del Tercer Reich. Hace más de un año comencé a recopilar información para la realización de mi Trabajo de Fin de Grado con la intención de averiguar a qué se debía aquella extraña conexión entre el nazismo y aquel mundo ocultista y misterioso. Con el paso del tiempo se fueron abriendo puertas que me iban trasladando a desconocidos periodos de la Alemania decimonónica donde fui descubriendo un mundo mítico del que un régimen atroz se apropió siguiendo las huellas dejadas por personajes y corrientes de pensamiento que en épocas pretéritas fueron transformando aquel mensaje de retorno al pasado con variadas intenciones.

Este trabajo, pues, intenta dar relevancia a un tema situado en la trastienda de las investigaciones vinculadas al nacionalsocialismo. El fenómeno tratado remite a la íntima relación que existe entre el mito y la configuración del discurso legitimador del nazismo, algo que no ha gozado de la prolijidad investigadora que sí han tenido otros capítulos relacionados con la aceptación social del régimen nazi por la Alemania de su tiempo. Para aproximarse a él con cierto rigor, es preciso establecer las conexiones necesarias en aras de constatar la impronta mítica que tuvo el pensamiento alemán desde finales del siglo XVIII hasta la eclosión de la Alemania nazi. La articulación del discurso nacionalsocialista se materializa como estructura ideológica en los albores del siglo XX, pero ya desde finales del XVIII comenzaron a tomar forma algunos de los elementos que se integrarían en aquella ideología totalitaria para imprimirle un inconfundible sello de identidad nacional.

Sobrepasando los convencionales límites cronológicos de la Historia Contemporánea debemos retrotraernos a algunas centurias atrás para poder atisbar la génesis de este pensamiento mítico. A su alrededor convergerán el concepto de la palabra norte, no solo emparentado con un espacio geográfico, sino también enfocado al ámbito de lo utópico e imaginario, y su gran repercusión en la literatura en lengua alemana, así como la profunda huella que dejaron la mitología nórdica y en concreto la medieval, adscritas a este espacio. También hará su aparición el idealismo especulativo de la escuela filosófica alemana que



rompe con la Ilustración, entre otras causas porque aquella considera el mito como “rudimento de épocas de superstición que no resistía a los criterios de la razón” y por ello apela a una nueva mitología como contraposición a la ausencia de magia en el mundo moderno, rompiendo por tanto con lo racional para volcarse en lo irracional a través de su poderoso movimiento estético.

Ya entrando en la contemporaneidad la irrupción del romanticismo alemán fue cimentando de manera involuntaria la futura configuración de lo que se convertiría con posterioridad en el mito nacionalsocialista alemán. A las corrientes románticas se adscribirían a mediados del siglo XIX tanto el nacionalismo y el pangermanismo como el ocultismo y el esoterismo, todo lo cual formó parte fundamental del corpus doctrinario del régimen nazi. A esto habría que añadir la teorización que hiciera el filósofo prusiano Meinecke sobre los dos tipos de Estado Moderno que él consideraba vigentes a principios del siglo XX. El tema que vamos a considerar pertenece, por tanto, al tiempo de “la larga duración” de la Historia, revistiendo una gran complejidad.

Antes de abordarlo es oportuno hacer una consideración previa sobre lo que aquí se entiende por “mito”. Para esclarecer su significado conviene echar mano de las definiciones aportadas por algunos autores, ya clásicos, que han ahondado en lo mítico. Mircea Eliade se refiere al mito como un tiempo prodigioso y “sagrado” en el que algo con especial significación se manifiesta en su plenitud. La rememoración de aquel tiempo implica el reencuentro con obras divinas y seres sobrenaturales, volviendo a aprender sus lecciones creadoras. En definitiva, son los mitos los que muestran que el mundo, el individuo y la vida poseen un origen y una historia sobrenatural, transformándose aquella historia en algo precioso y ejemplarizante (Eliade, 1999: 26). En la misma línea, Levi Strauss muestra su particular visión sobre el fenómeno en cuestión y explica que antes de la creación del mundo, durante las primeras edades o incluso no hace mucho tiempo, los acontecimientos vinculados al mito formaban parte de una estructura permanente, refiriéndose esta noción tanto al pasado como al presente y al futuro (Strauss, 1987: 232). Finalmente, para no extendernos, los filósofos franceses Lacoue-Labarthe y Nancy nos muestran su particular visión sobre el concepto del mito, manifestando que aquel es una ficción en el sentido activo de formación o parafraseando a Platón, de la plástica. Una ficción cuyo papel es la proposición y no la imposición de paradigmas o tipos, de los cuales un individuo o una colectividad, pueden entenderse a sí mismos y proceder a su propia identificación (Lacoue-Labarthe y Nancy,



2002: 28). Asumiendo los matices que cada una de estas aproximaciones aportan, basten estas tres referencias para dejar constancia de nuestro inicial punto de partida a la hora de recorrer los orígenes y desarrollo del mito nacionalsocialista.

1.2 Objetivos.

La razón principal para la realización de este trabajo ha estado dirigida a vincular la articulación del mito en la configuración de un régimen totalitario como el nacionalsocialista alemán. Para ello hemos ido más allá de la mera explicación de un conjunto de relatos forjados por héroes legendarios que representaban un origen remoto. Este “aparataje mítico” tuvo el propósito de ejercer de catalizador social para la constitución de una comunidad con analogías identitarias. Durante el siglo XIX y especialmente en las primeras décadas del siglo XX, el devenir de la sociedad alemana se cimentó sobre bases muy arraigadas hacia la vida en comunidad y con sólidos lazos identitarios y raciales.

Para ello, hemos delimitado este trabajo entre finales del siglo XVIII y las primeras dos décadas del siglo XX. La aparición del siglo XVIII en este estudio está justificada por la irrupción en una Alemania aún no convertida en Estado, de un movimiento filosófico de carácter idealista que se tornó en contestatario a aquella Revolución Francesa en la que se había inspirado con anterioridad. Este grupo de filósofos adscribió sus postulados iniciales a la belleza y al arte, en contraposición al racionalismo y la modernidad que vino de la mano de aquel proceso revolucionario. Empero, una vez que las invasiones napoleónicas se cernieron sobre aquella Alemania embrionaria, aquel discurso primigenio se tornó en catalizador de las aspiraciones nacionalistas de aquella pléyade de pequeños estados, interconectándose con diferentes circunstancias que acabarían conformando el fenómeno que vamos a abordar con este estudio.

Para lograr el objetivo principal por el que este trabajo se ha puesto en marcha y teniendo en cuenta las posibilidades de las que hemos dispuesto, nos hemos propuesto abordar los siguientes aspectos del tema

- a) La identificación de los hitos claves del proceso de conformación de este discurso desde la aparición del movimiento filosófico idealista y el Romanticismo posterior.
- b) La caracterización de los planteamientos ideológicos que surgieron tras la adopción de los postulados románticos por el emergente nacionalismo alemán.



- c) El análisis del contexto histórico en el que se fueron configurando los aspectos míticos de la ideología nazi en su devenir histórico.
- d) El acercamiento a los fenómenos ocultistas y esotéricos a lo largo del siglo XIX que están directamente vinculados con el régimen nazi.
- e) La valoración real del impacto final de los acontecimientos acaecidos en la articulación del nacionalsocialismo tras la adopción de los pensamientos materializados en el siglo anterior y aprehendidos por los ideólogos del régimen a finales del siglo XIX y las primeras décadas del XX.

1.3 Metodología.

Para la realización de este trabajo se ha recurrido a la utilización de monografías y artículos especializados. Al tratarse de un tema donde se entremezclan, corrientes de pensamiento, planteamientos filosóficos y creencias místicas de diferente índole, se ha tenido que recurrir a bibliografía de materias diversas lo que ha dado un alto grado de complejidad al trabajo. Con ello se ha intentado obtener la información necesaria para la conformación de nuestro objeto de estudio en el marco del pensamiento nacionalsocialista alemán. Por la propia limitación del marco de este trabajo de Fin de Grado no se ha podido ampliar el estudio y por consiguiente añadir cuestiones de especial interés relacionadas con el tema abordado.

La consulta de fuentes bibliográficas comenzó un año atrás, motivando que las especiales circunstancias del objeto de estudio se hayan plasmado en dificultad para la identificación de la bibliografía, la selección por relevancia y su tratamiento, para lograr estructurar de manera idónea la configuración del trabajo. En un principio se optó por la búsqueda de material vinculado al norte, espacio geográfico donde se ha materializado el carácter idealizado del mito nacionalsocialista. Pues es allí desde donde ha irradiado el imaginario colectivo de las fantasías generadas por este pensamiento mítico que ha vertebrado el corpus doctrinario del espíritu nacionalsocialista. Para poder conformar todos los datos necesarios para la configuración del trabajo hubo que seleccionar el material de estudio de manera cronológica, es decir, remontándonos hasta el periodo prerromántico e ir avanzando en el tiempo.

Tras estos primeros pasos en la puesta en marcha del estudio, nos volcamos en el hallazgo de indicadores con sentido mitológico durante el periodo romántico en la Alemania decimonónica. Intentando hallar la transferencia de este componente mítico a periodos



cronológicos posteriores durante el propio siglo XIX. De igual manera, hubo de acudir al núcleo director de este movimiento prerromántico, representado Schelling, Hölderlin y Hegel para hallar la génesis de una parte de este pensamiento y la confrontación que aquellos mantuvieron con la Revolución Francesa. Aparte de estas conexiones con el Romanticismo hubo que bucear en el contexto histórico de aquella Alemania posterior al Congreso de Viena, huérfana de unidad nacional y escorada a la búsqueda de sólidos catalizadores identitarios. La Alemania bismarckiana fue otro de los aspectos en los que hubo que centrarse, pues la “cuestión alemana” siguió sin llegar a buen puerto hasta su resolución a principio de la década de los 70 del siglo XIX.

A partir de este momento el nivel de dificultad fue en aumento, merced a la aparición del componente esotérico y ocultista, cuyas fuentes principales tratadas se hallaban escritas mayoritariamente en inglés. El manejo de estos recursos ralentizó el trabajo debido a las labores de traducción e interpretación del material manejado en ese momento, cuyo tratamiento implicaba una correcta interpretación en castellano para su posterior adición al estudio sin que aquella pudiera llevar a error o a una lectura incorrecta. Finalmente, la última parte de la selección bibliográfica estuvo vinculada a las conexiones del nacionalsocialismo con la antigüedad y la apropiación de esta por parte del régimen nazi. Como mencionamos anteriormente, hay que destacar que las limitaciones impuestas por el formato del Trabajo de Fin de Grado, han hecho imposible haber ahondado más en el tema tratado y haber sumado a lo reflejado en estas páginas más información relativa a este fenómeno. El romanticismo alemán abordado con más detenimiento, los grupos y sectas surgidos en la Alemania ocultista, la importancia de los magos y la ciencia fronteriza en la Alemania nazi o los conflictos acaecidos con la religión católica, han sido algunos de los asuntos que se podían haber añadido a este estudio. Aun así, hemos intentado reflejar con cierto criterio todos los resortes de este complejo proceso que supuso el mito nacionalsocialista alemán.

1.4. Estado de la cuestión.

El estudio del fenómeno sociológico del nazismo ha tendido a concentrarse en las devastadoras consecuencias que tuvo su transcurrir y sus consecuencias en la historia de la humanidad. Un gran número de las investigaciones se han ceñido al campo de lo militar o a las consecuencias de su ciclópea maquinaria de exterminio. En cambio, no se ha acudido en la misma medida a los orígenes donde se forja el pensamiento que dotaría de legitimidad al



régimen nacionalsocialista para la fabricación de su más poderosa herramienta identitaria. Estamos considerando, por tanto, una vertiente de la Alemania nazi que no ha sido tratada por la historiografía contemporánea con el mismo énfasis que otras partes vinculadas en mayor medida a aspectos políticos, sociales, económicos o incluso militares. Este trasunto de la historia alemana demuestra la pervivencia en el tiempo de un sentimiento enraizado que echa por tierra cualquier consideración ligada a la simplicidad de “la locura” para caracterizar el corpus doctrinario nacionalsocialista. La visión del régimen nazi tratada en este trabajo es muy fragmentaria, pudiendo observarse desde distintas perspectivas para conocer más de cerca las verdaderas interioridades de un largo y complejo proceso de transformación de la sociedad alemana. En consecuencia, ha habido que introducirse en el análisis de un buen número de materias para poder articular con cierto criterio una estructura que dote de rigor histórico al trabajo realizado. Por ello, más que un estado de la cuestión de cada una de esas temáticas, que en buena medida se desprenden de los propios contenidos desarrollados, a continuación vamos a centrarnos en los autores que nos han servido como principales referentes.

El primer estudio relevante que nos ha sido de gran utilidad es el artículo de Christina Jurcic, con las miras dirigidas a averiguar la importancia de la recepción del término “norte” en la literatura en lengua alemana. La intención no fue otra que añadir al trabajo un componente de gran importancia para la configuración del mito nacionalsocialista. Hablamos de un “norte” no solo relacionado con el aspecto meramente geográfico, sino que incluyera su repercusión en el ámbito de lo imaginario y utópico como base fundamental para dar solidez al resto del estudio sobre el mito nacionalsocialista. Esta autora ya destacó las características propias que desempeñó este término en la literatura nórdica, así como la influencia que ejerció en la producción en lengua alemana. Esta literatura vehicularía el imaginario colectivo de los alemanes, llevando consigo a dioses, luchas titánicas, espadas, héroes o leyendas, dando forma a ese universo legendario y mítico que tan hondo calaría entre las gentes de habla alemana. Un proceso de idealización del “norte” que alcanzaría gran repercusión en consonancia con la irrupción del contestatario idealismo especulativo de la escuela filosófica alemana y su máximo esplendor a finales del periodo decimonónico a través de la mitología nórdica y medieval a la que se añadió la literatura dramática contemporánea.

La eclosión de una turbulenta coyuntura prerromántica y romántica fue factor determinante para la proyección del mito en los ambientes decimonónicos de una Alemania embrionaria.



Así lo recoge en su artículo Arno Gimber, al relatar pormenorizadamente la relevancia del mito y de la mitología durante el influyente romanticismo alemán. En su trabajo, el profesor de Filología Alemana bucea en el tema a través del influjo que aquellos conceptos ejercieron sobre prerrománticos como Herder o Moritz y a posteriori en Schelling, Hegel y Hölderlin. Este fenómeno supuso una ruptura radical entre los postulados revolucionarios que aquellos pensadores alemanes abrazaron en su inicio y el ambiente contestatario que articularían contra “el terror” engendrado por el proceso revolucionario francés. A este giro estético de la escuela filosófica alemana hubo que añadir un ingrediente fundamental, las invasiones napoleónicas y la transformación de aquel discurso primigenio en la salvaguarda para la consolidación del exacerbado nacionalismo germano. En este contexto se fue consolidando una línea de pensamiento que se convertiría en uno de los pilares básicos en la conformación del mito a través del siglo XIX y su posterior adscripción al ideario del Tercer Reich. Pero “El mito nazi” requería de un estudio más profundo como el realizado por los franceses Lacoue Labarthe y Nancy en su obra de 1991, en el que desentrañan los aspectos psicológicos más profundos vinculados al pensamiento nacionalsocialista. Un problema circunscrito al mito y al problema de la identidad alemana.

El contexto histórico de la Alemania decimonónica también hubo de ser tratado para comprender la influencia que las pervivencias y transformaciones socio políticas ejercieron en el pensamiento y las ideas estéticas y morales de aquel periodo. En esta dirección, merecía especial atención el espacio de tiempo transcurrido entre las invasiones napoleónicas y la era bismarckiana, Para ello resulto muy útil el trabajo de Juan García Morán, especialista en filosofía moral y política, en el que narra pormenorizadamente todo lo que rodeó a la “cuestión alemana” y las consecuencias que directa o indirectamente tuvo sobre en el resto de Europa, dada la situación geográfica central ocupada por Alemania.

Para el conocimiento de las creencias y prácticas ocultistas y esotéricas que se desarrollaron en el Continente, y especialmente en Alemania durante el siglo XIX, recurrimos a uno de sus grandes especialistas, y precursor de estos estudios, George L. Mosse, el auténtico precursor de esta línea de investigación. Desde principios de los años sesenta del siglo pasado, la aportación de sus estudios sobre el ocultismo y el esoterismo vinculados al totalitarismo han sido determinantes para desentrañar estos componentes de la ideología nazi. Mosse abordó este lado misterioso de la Alemania decimonónica en *Los orígenes místicos del nacionalsocialismo*,



profundizando en los ambientes y personajes de aquellas ideas que más tarde se consolidarían durante el periodo de la Alemania de entreguerras.

Más recientemente, el fenómeno de creencias en la fuerza cósmica y de extrañas adoraciones al sol o la naturaleza, ha tenido otro estudioso de renombre, Nicholas Goodrick-Clarke, quien quizá ha sido el autor que más se ha volcado en indagar todo lo que rodeó la etapa ocultista durante el siglo XIX en Alemania. El ya fallecido historiador galés se puede considerar la máxima autoridad en el conocimiento de las bases esotéricas del nazismo y toda aquella panoplia de religiones alternativas que sustentaron ideológicamente el ascenso de Adolf Hitler al poder. *Las oscuras raíces del nazismo*, editado en 2004, se puede considerar uno de los libros de referencia para el tratamiento de este complejo proceso.

Otro de los aspectos abordados en este trabajo ha sido el vinculado a la filosofía política y del derecho de la mano del profesor Alberto del Real Alcalá. Para ello recurrimos al estudio que publicara en 2011 en el que analiza los dos tipos de estado que el filósofo Meinecke defendía en los albores del siglo XX y que luego tuvo tanto reflejo tuvo en la organización estatal del régimen nacionalsocialista con sus marcadas características estatalizadoras y organicistas. Complemento imprescindible para la realización de este proyecto ha sido la obra de Rosa Sala Rose. En su *Diccionario crítico de mitos y símbolos del nazismo*, del año 2003 se da cuenta, por orden alfabético, de los elementos más llamativos de la Alemania nacionalsocialista y la importancia que tuvieron en la configuración de aquel régimen.

La apropiación de la Antigüedad que hizo el nazismo fue otro de los aspectos abordados en este trabajo. Para ello recurrimos a las aportaciones del historiador francés Johann Chapoutot. En su libro *El nacionalsocialismo y antigüedad*, publicado en 2013, se desgranar todas las anexiones procedentes de la historia y cultura grecorromana que hizo la Alemania hitleriana con la clara intención de diseñar un pasado instrumentalizado y a la carta, pues la Antigüedad fue otra herramienta al servicio de las autoridades nazis para fundamentar su autolegitimación en el poder a través de una memoria reescrita, de carácter heroico y mítico

2. LA CONFIGURACIÓN DEL CONCEPTO “NORTE” COMO MITO.

Hay que discernir entre la dualidad de influencias que incidió durante el periodo decimonónico en la estructuración de este concepto. Por un lado, la de la literatura nórdica



en época contemporánea, por el otro, la estela que dejó la mitología del “norte¹” y la enmarcada en la edad media, insertas ambas en la literatura alemana de aquel entonces. Es la mitología nórdica antigua la que irrumpe a la sombra del humanismo en el ecuador del siglo XVIII. Aquella producción literaria dio paso a la de la prolífica mitología escandinava, con orígenes anteriores a la aparición de Cristo. Esto significó la configuración del término “norte” como un concepto positivo con una gran repercusión durante el Romanticismo. Entre otros, fueron determinantes en esta transmutación del norte como concepto, escritores como Schlegel, los hermanos Grimm, De la Motte Fouqué o Uhland. A raíz de ello, el norte se iba a convertir en un símbolo de lo desmaterializado y lejano, adquiriendo un cariz utópico. Esta nueva percepción sería venerada en época del Biedermeier² llegando a su culmen a finales del siglo XIX. Es en ese momento, cuando la admiración por todo lo vinculado al norte va adquiriendo influencia en la mitología nórdica de la edad media, en la influencia de la literatura y con especial énfasis en el drama, teniendo mayor repercusión en los estados del norte de Europa. Richard Wagner representa el paradigma de la idealización de la mitología, representada fielmente en su obra musical y dramática. La sensibilidad y la “tristesse”, puestas de manifiesto por un héroe pasivo y reflexivo, estuvieron representadas en aquella literatura nórdica. Esto tuvo gran influencia en la aparición de novelas en las que el protagonista suele ser a menudo un joven que aspira a convertirse en artista, situación que aparece de manera recurrente en la literatura alemana (Jurcic, 2010: 291, 292). El ambiente académico mantendrá la fascinación por el norte gracias al esfuerzo de la Altgermanistik³ en reedificar el mundo germano, cimentándolo con la antigua literatura nórdica. En cambio, el interés por las sagas de dioses y héroes no tuvo grandes seguidores si exceptuamos a Richard Wagner. Por el contrario, la obra del escritor decimonónico noruego, Knut Hamrun, ejerció una gran fascinación sobre parte de la producción literaria. Una civilización sobre la que recaía un

¹ El nacionalsocialismo enseñó a los alemanes que todas las civilizaciones conocidas, con excepción tal vez de las lejanas culturas precolombinas, fueron obra de la raza nórdica, realizando así una anexión simbólica de cualquier cenit al norte en exclusiva (Chapoutot, 2013: 25)

² *Biedermeier* es la denominación de estilo literario y artístico, especialmente ornamental, que se desarrolló en el Imperio austriaco y el resto de la Europa Central entre el periodo del Congreso de Viena 1814-15 y 1848, la época de la Restauración. *Está* caracterizado por rasgos románticos como el sentimentalismo, el intimismo y por una bondadosa sátira del mundo pequeño-burgués.

³ La función que desempeñó la Germanística en sus comienzos, esto es, despertar la conciencia nacional de los alemanes, será un rasgo que acompañe a la disciplina, aunque varíe en su carácter. Si en sus comienzos. los estudios sobre la historia de la lengua y los documentos literarios servirán indirectamente como cimientos de una sociedad política, cuando la nación alemana adquiera, se establezca como comunidad política, entonces la Germanística será su apoyo, se querrá que cumpla una función formativa, articuladora de la sociedad (Hernández Rojo, 2004: 254).



profundo pesimismo, retratada por Hamrun, junto con su tema principal -el hombre en armonía con la naturaleza, que es la fuerza primordial de la vida- tuvo gran influencia en un buen número de autores alemanes en los años 20 y 30 del siglo XX. En Alemania, la irrupción del nacionalsocialismo⁴ generó la aparición de un discurso que se apropió de muchos de aquellos ideales. Una civilización decadente y la necesidad de que el hombre se hallara en perfecta comunión con la naturaleza, motor de la fuerza primordial de la vida, fue una de las bases más importantes de la cosmovisión nacionalsocialista. (Jurcic, 2010: 293).

3. ROMANTICISMO Y EMERGENCIA DE LA “CUESTIÓN ALEMANA”.

Tanto el Idealismo como el Romanticismo alemán beben del concepto de libertad de la Revolución francesa. Esta reflexión los conduce a reconfigurar el mito, el arte, la naturaleza, la Edad Media y la constante del sueño en el acto creador del artista. La irrupción del movimiento romántico alemán hace acto de presencia a finales del siglo XVIII y tiene lugar a principios del siglo XIX. Este proceso histórico y de pensamiento es secundado por una serie de acontecimientos y reflexiones que lo dotan con formulaciones propias de una teoría romántica del arte. Es unánime la consideración de la Revolución Francesa como fenómeno clave en todo este proceso para los autores que han tratado el romanticismo (Arango, 2008: 53).

El pensamiento revolucionario se escoró a una búsqueda de la libertad interior del sujeto. Ello se manifestó con una nueva mirada al arte, desconectándolo de la función tradicional como representación de la nobleza. La meta perseguida por el pensamiento romántico no es otra que independizar el arte de cualquier función moral o social. Para ello habrá que liberarlo de cualquier instrumentalización política o social. Esta “liberación” supondrá la libertad y el camino que haga posible la idea de humanidad vinculada a los postulados revolucionarios. Tras el entusiasmo de los primeros momentos por parte de la intelectualidad alemana⁵, se plantearon, tanto una visión crítica, como el posterior distanciamiento de unos

⁴ El espacio fantástico creado por la ingeniería intelectual nacionalsocialista tiene varios frentes; quizás el más complejo sea el intento de construcción del ámbito geográfico ocupado por los arios en las edades tempranas del hombre sostenido sobre los honrados, aunque incompletos y a veces erráticos estudios de la filología romántica alemana (Querol, 2009: 872).

⁵ En la comprensión idealista de la revolución se advierte la grandeza y ambivalencia de la idea de libertad que alienta los primeros pasos del pensamiento de Hegel, Schelling y Hölderlin (D. Innerarity Grau 1989: 53).



acontecimientos revolucionarios que dejaban tras de sí un reguero de muerte y destrucción, en las antípodas de la propuesta de libertad sobre las que se habían cimentado sus bases (Arango, 2008: 53).

3.1 Systemprogramm: camino hacia una nueva mitología.

Los románticos acabarían oponiéndose a la Revolución Francesa, frente a la alienación del hombre y su entorno, contra la propia alienación del ser ante la naturaleza (Gimber, 2008: 14). El hecho más relevante de la herencia revolucionaria es la rehabilitación de la libertad del sujeto, poniendo en valor su humanidad por medio de resortes contrapuestos a los de una confrontación política. El estado moderno es sustentado por una estructura que se enfrenta a la libertad del individuo. Está configurado a través de máquinas cuya función es deshumanizar el trabajo productivo del hombre, intercalándose entre aquel y la tierra que antes manipulaba directamente. Esto motivó la aparición del Systemprogramm⁶, texto considerado como el primero del Romanticismo alemán y que reacciona contra la Revolución Francesa, “La terreur “(Gimber: 2008: 13). Con un núcleo director que conformaron Schelling, Hölderling y Hegel, su misión fue la de lanzar una enérgica protesta contra el Estado Moderno. Idealistas y románticos se nutrieron de la común búsqueda de la libertad. En el contexto revolucionario y cultural, la propuesta de Schiller tendrá como significado la resolución de las profundas contradicciones de aquel periodo, aspirando a alcanzar la libertad del individuo. Para ello se recurrirá a la educación del hombre a través de la belleza, salvando así lo que para Schiller fue el fracaso de la cultura ilustrada que se agitaba entre “el salvajismo y la barbarie”. El individuo podrá superar esas fuerzas encontradas, emanadas del proceso histórico de libertad, por medio de la educación de la sensibilidad en el arte (Arango, 2008: 54).

Para los románticos, las desgracias y contradicciones imperantes en la sociedad moderna estaban determinadas por la pérdida del mito. Teniendo como paradigma a Grecia, la propuesta de una moderna mitología propiciaría la liberación del individuo interior, accediendo a la resolución de las contradicciones de la sociedad a la que pertenece. Ese nuevo movimiento estaría estructurado de dentro hacia afuera, alcanzado a través de la poesía

⁶ Se considera a este texto el primero del Romanticismo alemán, (Gimber 2008: 13).



romántica será el que fusionará lo que el hombre moderno ha desarticulado: filosofía, arte e historia (Arango 2008: 54). Hay que tener en cuenta que el mito fue abandonado por la Ilustración, pues esta lo consideraba rudimento de épocas de superstición que no resistía a los criterios de la razón. El individuo busca razonamientos para fenómenos de índole natural o pretende captar lo de origen desconocido a través de analogías, no siendo esta la manera de acumular conocimiento por medio de la razón (Gimber, 2008:13-15).

A finales del siglo XVIII y principios del XIX, la búsqueda de la libertad va a guiar el pensamiento intelectual de una Alemania aún no unificada, pero sí tras la búsqueda de catalizadores identitarios. Este movimiento de carácter estético acusará a la sociedad de ser mecanicista y de haber desprovisto de mitos al hombre, cercenando la expresión libre de sus fantasías. Sus reflexiones irán enfocadas a situar la belleza en el puesto de honor que le corresponde. Por tanto, la búsqueda de la belleza será tarea encomendada a la libertad, para así lograr que el mundo occidental recupere la armonía perdida. La nueva reflexión puesta en marcha por el Romanticismo alemán y el redescubrimiento en torno a Grecia y su cultura tendrá enormes consecuencias en los planteamientos románticos. No obstante, este retorno a la cultura griega⁷ no tiene lugar por una huida de la realidad contemporánea sino como la opción de un paradigma precedente en el que el hombre moderno pueda fundamentarse. (Arango 2008: 55).

En el Systemprogramm, Schelling, Hegel y Hölderlin, aparte de las implicaciones artísticas, hablan por vez primera de una nueva mitología como elemento unificador en el sentido político. Tras el deseo de desarrollar una mitología de nuevo cuño se halla la voluntad de integrar a partes iguales a todos los estamentos políticos de la sociedad, sin restar a estas implicaciones sociales otras vinculadas al arte y la literatura. Recurrirán a una nueva mitología que habrá de contrarrestar la pérdida de una armonía originaria, eso sí, con cierta inseguridad en el trato de los temas vinculados a la propia mitología, merced al tratamiento de nuevo cuño, no escorado meramente a temas relacionados con la mitología clásica sino explorando nuevos mitos en las leyendas germánicas y medievales en general (Gimber, 2008: 14).

⁷ Desde el colapso de la cristiandad un fantasma ha obsesionado a Europa, el fantasma de la imitación. Lo que significa, la imitación de los antiguos. (Lacoue-Labarthe y Nancy, 2002: 30).



De igual manera, la reflexión que hizo su aparición en aquel contexto acerca de la Edad Media fue el objetivo de una nueva mirada y otra vía para pensar en la modernidad desde ese enfoque. Un autor como Novalis, bajo la influencia de Schiller y uno de los exponentes del pensamiento romántico, se pronunció de manera muy notable al respecto. *Enrique de Ofterdingen*, novela escrita por Novalis, se desarrolla en época medieval y algo posterior a la época de las Cruzadas. Este hallazgo del medievo concede al autor la oportunidad de dar luz a una concepción novedosa de lo bello, así como el reconocimiento de lo estético, lo moral y el anhelo de verdadera humanidad como confluencia entre lo bello y lo noble (Arango 2008: 55). Esta mitología contemporánea pondrá en liza una relación entre mitología y poesía, vínculo constatado modélicamente en la cultura griega. Los románticos buscarán soluciones a su desencuentro con la sociedad moderna mediante el mito y la mitología, esforzándose en buscar soluciones a través de la recuperación del propio mito (Gimber, 2008: 15).

Schlegel aventura que esta nueva mitología emergerá de los más profundo del espíritu, llamándola a encerrar la unión⁸ de la poesía antigua y moderna, congregándola en un todo infinito, de la misma manera en que se dio en la antigüedad, donde la mitología contenida en los poemas engarza unos con otros, posibilitando la percepción de una totalidad unificada por el mismo espíritu. Es en este paradigma poético donde Schlegel contemplaría la posibilidad para la configuración de una nueva mitología unificadora de poesía y filosofía. Esta idea de unificación de poesía en el mito es enormemente influyente en el desarrollo propuesto por los primeros románticos, en especial para Schlegel y Novalis.

La reflexión romántica acerca del mito concentra la cultura griega y otras culturas, en particular la oriental, pero incuestionablemente es en la mitología griega donde el movimiento romántico halla un mayor caudal en conexión directa con la filosofía, la literatura⁹ y el arte. La mitología griega se transfigura en el modelo que suscita el razonamiento romántico con la intención de expresar su teoría del mito plasmado en la poesía. De igual manera el mito advierte sobre los problemas que inquietan a la humanidad, conformando en las deidades cuyas iconografías dan cuenta de la incertidumbre, miedo e inseguridad del individuo ante lo

⁸ El problema del mito es siempre indisoluble del problema del arte, menos porque el mito sea una creación o una obra de arte colectiva, que como el mito, como la obra de arte que lo explota, es un instrumento de identificación (Lacoue-Labarthe y Nancy, 2002: 28).

⁹ Desde el Renacimiento, los humanistas alemanes aplaudieron una identidad lingüística fuerte, cuyo primer monumento fue erigido por Lutero en 1522 al traducir la Biblia de Jerónimo (Chapoutot, 2013: 25).



inabarcable. En otra analogía, la filosofía se esfuerza en reflexionar acerca del individuo, su mundo y las representaciones simbólicas de la mitología, ya que los mitos emergidos desde el espíritu poseen en sí mismos una significación y una realidad (Arango 2008: 58). Por ello, el mito para el movimiento romántico es uno de los elementos más importantes de su sistema literario (Gimber, 2008: 16).

Se pretende, pues, aunar la capacidad analítica del filósofo con la compositiva y sintética del poeta. De aquí surgirá la dualidad filosofía y poesía, divisa clásica del movimiento romántico. A ello se sumaron las dos fuerzas que para Herder eran necesarias: un espíritu de reducción del material mitológico vigente y un espíritu de ficción (Gimber, 2008: 17). Se prosigue con la tendencia trazada por el movimiento romántico de precisar el sentido unificador del mito, al disipar los límites entre la razón y la fantasía, es decir, la condición unificadora del mito posibilitará ser el germen de la filosofía y el arte.

En el paradigma griego se explica la posibilidad de una novedosa mitología moderna, facultada para unir nuevamente todas las formas de poesía con religión y filosofía. Este concepto amparado por los primeros románticos de aunar en el mito filosofía y poesía no es nada ajena al núcleo director del Idealismo alemán. Schelling, Hölderlin y Hegel, amparados por su Systemprogramm, argumentario más antiguo de aquel Idealismo alemán, igualmente se postulan en la idea de eliminar los obstáculos entre filosofía y estética, concentrando a ambas alrededor de la belleza. Este ideario de la belleza es al que apelaba Schiller y donde se da la conjunción entre armonía, verdad y bondad. Esta aspiración unificadora de poesía y filosofía vincula a los poetas románticos y a los jóvenes filósofos idealistas. El origen de sus postulados es el mismo y convergerá para todos ellos en la cultura y mitología griega. Esta propuesta aparece como como contestación al cisma entre lo individual y lo social, la razón y la fantasía, la libertad del individuo y la restricción del estado. Únicamente al agrupar lo dispersado se hará real la libertad individual y colectiva, alcanzando una armonía social. La nueva mitología ha de arrancar desde un núcleo central y manifestar la naturaleza en un conjunto armónico donde cada parte mantiene una relación con un todo. La pretensión de esta novedosa mitología romántica aspira a poetizar el mundo, transformarlo en romántico a través de una simbología (Arango, 2008: 59).

La nueva mitología no busca el único propósito de hallar otra mitología, nórdica o germánica, sino de emplear la mitología clásica de otra manera, extrayendo valor romántico (Gimber, 2008: 21). También se atisba un intento de armonizar los variados estratos sociales, el pueblo



y la intelectualidad, a través de esta nueva mitología. Un concepto elemental implícito al nuevo proyecto mitológico es el de sostener a la naturaleza como ente. En esta nueva mitología, arte y naturaleza conforman un único elemento. Esta reflexión en torno al vínculo hombre-naturaleza¹⁰ indica que hace posible generalizar que el individuo, en cualquiera de sus momentos históricos, sea captado a través de esa naturaleza y sometido por ella como fuente de sus necesidades. En otras palabras, que no tome distancia para observarla desde su interior. A la sazón, volverá a ese estado primigenio aun cuando su indumentaria sea de fasto y lujo (Arango, 2008: 60).

De igual manera que el hombre moderno está sujeto a la vida diaria, a la máquina, a la cotidianidad, el hombre primitivo estuvo adscrito a un entorno hostil y precisó de la mitología para romper las cadenas con la inmediatez. El hombre moderno necesita del arte para que renazca el espíritu creador en una sociedad que lo ha perdido. Realmente, la variante de los románticos respecto a sus antecesores y lo que marca la diferencia es que posibilita hablar de ellos como precursores de una estética moderna. Antes de las invasiones napoleónicas las inquietudes de los pensadores alemanes giraban en torno a la libertad humana y no alrededor de procesos de unificación territorial. Empero la conciencia nacional sufrió un importante impulso como reacción asociada a la dominación napoleónica, sobre todo después de la debacle sobrevinida tras la batalla de Jena en 1806. Al carecer de una y otra, el asunto de la unidad política y de la grandeza nacional empieza a ocupar las preferencias de los alemanes. El argumentario ideológico de esta Alemania embrionaria bebió de las fuentes del romanticismo alemán. Hegel y el movimiento Sturm und Drang¹¹ se constituyen como primeros paradigmas teóricos del emergente nacionalismo¹² germano, un nacionalismo basado en el Volk¹³. El concepto de nación de Hegel era entendido como un

¹⁰ Las «Grandes exposiciones de Arte Alemán», como la de 1937 correspondían a los siguientes géneros: paisajes (40%), «mundo masculino y mundo femenino» (campesinos, deportistas, juventud — 20%). (Claramonte Arrufat 2012: 336).

¹¹ Fue un movimiento político y literario esencialmente alemán de la segunda mitad del siglo XVIII (en torno a 1767-1785), que sucede a la Ilustración y se convierte en contestación a este movimiento, considerándose el precursor del Romanticismo.

¹² “Y podríamos perfectamente describir la emergencia del nacionalismo alemán como la larga historia de la *apropiación de los medios de identificación*” (Lacoue-Labarthe y Nancy, 2002:31).

¹³ Son varios los elementos que constituyen y caracterizan el *Völk*; entre los cuales Mosse evidencia el amor a la tierra, el apego del alemán al suelo y al paisaje (*Landschaft*), es decir, al ambiente en que formó su carácter tras siglos de apego. [...] Constituye entonces un concepto fundamental de la ideología *völkisch* que un pueblo sea determinado en gran parte por el “paisaje”, por su relación con el suelo en el que nace y se desarrolla (Arcella 2016: 191).



ser vivo, que nació y creció merced a los impulsos de una fuerza superior e inconsciente asentada en el alma de los pueblos: el Volkgeist (García Morán, 1993: 173).

Este se manifestaba a través de factores colectivos, tales como hablar una misma lengua, mantener fidelidad a unas costumbres comunes, venerar idénticas tradiciones, asumir un pasado colectivo, etc. De ahí la puesta en valor que Herder hace del folklore, de las lenguas vernáculas, de las viejas baladas, de la poesía, literatura y tradiciones populares. Es por tanto en este concepto herderiano del Volkgeist donde se puede hallar la semilla que va a dar cuenta de los anhelos clásicos del nacionalismo alemán y que tan en boga estuvieron durante el siglo XIX, claros ejemplos de ello fueron las ideas en torno a la profundidad y originalidad del espíritu alemán en comparación con el de los pueblos latinos; la originalidad del idioma alemán, como el que se encuentra más estrechamente vinculado con el griego, opinión que con posterioridad dará lugar a la arrogante pretensión de que ambas lenguas encarnaban las dos grandes fuerzas creadoras de la civilización mundial¹⁴; La importancia otorgada a la juventud alemana (y a la propia Alemania como nación joven) y, por tanto, a su futuro excelso; la representación alemana de la plenitud de la historia y la coronación de la civilización¹⁵. La salvaguarda alemana de Europa y de la civilización europea contra los bárbaros de Oriente. No obstante, nada más alejado del pensamiento hegeliano que el nacionalismo del siglo XIX con su deseo de poder y afirmación política. De igual manera, tampoco cabe adscribir a Hegel una “mentalidad orgánico-heroica” (organisch-heroische Gesinnung), que acabaría levantándose en armas contra la civilización universal. Aun cuando de manera involuntaria preparase el camino para aquel nacionalismo, no es justo imputarle la responsabilidad de unos derroteros que, sin duda, hubiera rechazado de plano. En un principio, el concepto hegeliano del Volk se limitaba a un concepto cultural y meramente apolítico. Únicamente en 1806, tras el colapso del orden imperante, el concepto cultural del Volk adquirió marcados tintes políticos (García Morán, 1993: 174).

¹⁴ “La anexión del pasado antiguo, de sus obras y de sus Estados tomó entonces una importancia ideológica crucial”(Chapoutot 2013: 11).

¹⁵ “El discurso de los orígenes nórdicos de toda civilización permite, pues, incorporar a la raza indogermánica el prestigio, la gloria y la grandeza acumuladas por civilizaciones mediterráneas y orientales milenarias” (Chapoutot 2013: 41).



3.2 Los nuevos derroteros de la “cuestión alemana”.

Importante va a ser en este contexto el ímpetu que el nacionalismo alemán va a recibir de los “Discursos a la nación alemana” de Fichte. Los discursos del filósofo fueron aprovechados por ideólogos alemanes del XIX y el XX para argumentar y expresar la supremacía racial aria. En cambio, sus discursos¹⁶ pretendían empujar a sus compatriotas a combatir por la libertad frente a las pretensiones conquistadoras de Bonaparte, a la vez que declaraban su fe en el dominio cultural germano, fundamentado, según él, en la realidad de una lengua originaria, que se convertía de esta manera en el nexo de unión más sólido entre los integrantes de una comunidad nacional. (García Morán, 1993: 175). Fichte puso énfasis en que los alemanes tenían una misión cultural que llevar a cabo y que esta no podría materializarse si previamente no se articulaba la unidad política del pueblo alemán. El colapso del poder bonapartista y las postreras decisiones alcanzadas en el Congreso de Viena¹⁷ por las potencias vencedoras no hicieron sino confirmar la reconstitución al estilo franco-napoleónico de Alemania. Aquella pléyade primigenia de pequeños Estados, principados, margraviatos, ciudades libres, obispados, reinos y baronías¹⁸ quedó reducida únicamente a treinta y nueve. A pesar de las aspiraciones de los nacionalistas y su potenciación del discurso patriótico para la conformación de un gran estado unificado, el Congreso de Viena abandonó sin resolver la

¹⁶ Con todas estas evocaciones Fichte trata de exhortar a Alemania a una renovación basada en la confianza de poseer una idiosincrasia o peculiar nacionalidad. En este aspecto, comprobamos que, para el filósofo nacionalista, ocupa un papel destacado el retrato tacíteo del pueblo germano antiguo, pues éste ha hecho de los alemanes un pueblo originario, no contaminado con lo extranjero, y en él se han manifestado valores atemporales de las costumbres y éticas germanas como, por ejemplo, el amor por la patria y el sacrificio por su libertad (S. Recio Muñiz 1999: 151).

¹⁷ El comité para Germania del Congreso de Viena se constituyó el 14 de octubre de 1814, siendo formado por Austria, Prusia, Baviera, Wurtemberg y Hannover. Se encontraron con dos propuestas alternativas y el día 16 Metternich presentaba una tercera. Este plan se conoció como los doce artículos y propuso una constitución federal en los siguientes términos. Austria y Prusia solamente entrarían en la Confederación por la parte de sus dominios en el territorio de la misma; se crearía una Dieta federal consistente en un directorio (compartido conjuntamente por Austria y Prusia), un Consejo (con once votos distribuidos entre Prusia, Austria y los Estados más pequeños) y el Consejo de los Príncipes y Estados, en el que estarían representados los principados y ciudades alemanas que todavía perduraban (Nicolson, 1985: 216).

¹⁸ Antes de las guerras napoleónicas había en la región alemana más de cien países, que cobraban derechos de paso entre uno y otro, que no tenían una legislación común, que mantenían en muchos lugares el régimen de servidumbre, la censura de prensa y correspondencia, e incluso la falta de garantía real para la propiedad privada (Pérez Soto, 2010: 7).



“cuestión alemana¹⁹”. El periodo restaurador que vio la luz en Europa durante las décadas posteriores no significó la interrupción de la vertiente nacionalista-liberal que la recorría. Este momento se significó por una agitación en ascenso y la “cuestión alemana” transformada en el eje sobre el que pivotaban las aspiraciones de unidad nacional. Ésta va a tener especial relevancia en los ambientes de la intelectualidad, sobre todo en el ámbito universitario, donde los estudiantes forman clubes y asociaciones, convirtiéndose estos en lugares dados a encendidas discusiones de índole política. En este sentido tampoco fue nada desdeñable la implicación de historiadores como Leopold von Ranke²⁰. Para él, los alemanes estaban destinados a crear su propio estado como correspondía al “genio de la nación”. (García Morán, 1993: 176).

La revolución de 1848 tampoco encauzó las aspiraciones alemanas de unidad y libertad política. Confirmado el fracaso de aquella y la victoria contrarrevolucionaria, el poderoso músculo militar prusiano restablecerá el *statu quo* anterior. Primero, dentro de los límites fronterizos de Prusia; después, haciéndolo extensivo al resto de entidades políticas de la zona. Por tanto, se volverá a la fórmula clásica encarnada en la Confederación Germánica. De nuevo la “cuestión alemana” y, por ende, la propia unificación, habían quedado sin visos de resolverse. Tras este movimiento propiciado por las fuerzas más conservadoras, la etapa liberal y democrática inserta hasta ese momento en el sentimiento nacionalista alemán daría paso a una más conservadora, quedando la autoridad adscrita a los príncipes rectores de aquel conjunto de estados germánicos (García Morán, 1993: 177).

Desde tiempo atrás, el aliciente económico para la unificación articulaba las motivaciones de la burguesía industrial del Ruhr y de la aristocracia terrateniente capitalista prusiana con visos a una futura unificación. Ambos elementos guiaban el proceso integrador para la constitución de una Alemania unificada. Con este propósito, la Zollverein se erige como el paso previo

¹⁹ Los Estados alemanes más pequeños se opusieron firmemente a esta Constitución que, en su opinión, recortaría sus soberanías independientes y daría mucho poder a Prusia y Austria (Nicolson, 1985: 216).

²⁰ El proceso de “construcción de naciones” que llevaron a cabo los nacionalismos europeos decimonónicos fue parejo a la redacción de historias nacionales que sirvieron como pieza clave en la configuración de la conciencia de identidad de grupo “nacional”. La expansión decimonónica de la historia fue un agente y un resultado de ese crucial proceso de sustitución de las tradicionales lealtades dinásticas y religiosas por la nueva lealtad y devoción a la Nación como “comunidad imaginada” (Moradiellos, 2009: 175-176)



para fraguar la posterior unidad política. Otro paso, no con menor importancia, fue la puesta en marcha de la Nationalverein o pequeña Alemania en 1859. El estado más fuerte de aquella área, Prusia, iba a encarnar la autoridad y el liderazgo nacional, convirtiéndose por méritos propios en el motor de la unificación alemana. Con el propósito de lograr su objetivo, Prusia, bajo el mandato del rey Guillermo I, pero gobernada de facto por su primer ministro Otto von Bismarck, desconectó la influencia de Austria sobre los estados germánicos. Las diferencias acaecidas en torno al asunto de los ducados daneses de Schleswig y Holstein fueron el *casus belli* utilizado por Prusia para la posterior contienda militar que se saldó con victoria prusiana en 1866 y que finiquitó la Confederación Germánica de 1815. Al año siguiente de la derrota austríaca, Bismarck pone sobre la mesa una Confederación Alemana del Norte (Norddeutscher Bund), bajo el auspicio de la recién ampliada Prusia (García Morán 1993: 177).

Lejos de una unión motivada por la derrota de los austriacos, aquella contienda fratricida torpedeó las intenciones unificadoras del canciller prusiano, pues para la "cuestión alemana" aquello supuso un motivo de desunión, merced a la separación de Austria respecto de Alemania. Otro proyecto unificador es diseñado por Bismarck en 1868, pero este es rechazado de plano por los Estados alemanes del sur. Es en ese momento cuando el canciller intuye, que, para lograr la unificación, desarticulando las tensiones existentes, ha de lograr conducir a Alemania a una guerra donde prime y se reconduzca la idea patriótica a través de los padecimientos y logros comunes que solo una confrontación militar puede llevar a cabo. Para poner en marcha su plan se valdrá de las históricas desavenencias con su archienemigo francés que en ese momento mantiene en su poder las regiones de Alsacia y Lorena (García Morán, 1993: 178).

La propuesta alemana de un príncipe de la casa Hohenzollern para ocupar el trono español vacante, así como la consiguiente negativa francesa, darán la ansiada justificación a Prusia para hacer estallar el conflicto con Francia. Arrollados los franceses, merced al extraordinario ejército organizado por el general Moltke, Prusia abatía a su sempiterno enemigo en Europa y le daba la puntilla proclamando en el salón de espejos de Versalles a Guillermo I como emperador de Alemania. Nació así el II Reich alemán (1871-1918). Lograda la tan deseada unidad, Alemania se transformará en incontestable potencia continental y Otto von Bismarck en árbitro de las relaciones internacionales durante los veinte años siguientes. El estado de nuevo cuño acogió su Constitución por medio de la Confederación de Alemania del Norte.



Ésta conformaba un Imperio federal de 25 Estados en el que cada uno conservaba su particular legislación, su gobierno y su propia constitución. El poder legislativo se repartía entre dos Asambleas: el Bundesrat, representando a los Estados alemanes y el Reichstag, Asamblea nacional compuesta por diputados designados mediante sufragio universal masculino. Por encima del gobierno se hallaba el Kaiser, emperador nacional y quien únicamente ostentaba el poder ejecutivo, ya que los ministros debían sus responsabilidades al emperador y no ante la cámara elegida. El Kaiser estaba asistido por un Canciller del Imperio, nombrado por él mismo y que era el responsable directo de la política exterior e interior de la nueva Alemania. Fue evidente que Bismarck tuvo plenos poderes para imponer sus decisiones en la política imperial. No puede entenderse al II Reich germano sin la enorme influencia y personalidad de Otto von Bismarck, precursor de la realpolitik. Fiel al estricto acatamiento de ésta, el Canciller logró el apoyo de los liberales para poner en marcha su ambicioso programa económico y legislativo destinado a cimentar la unidad del Imperio (García Morán, 1993: 178).

4. OCULTISMO Y ESOTERISMO COMO CATALIZADORES IDEOLÓGICOS.

La política nacionalsocialista estuvo en consonancia con los sólidos valores adoptados por Alemania tras la irrupción del Romanticismo. George L. Mosse (1918-1999) elude situar al nazismo como un “caso” o una “situación excepcional” en el ámbito socio cultural alemán. Por el contrario, llevó a cabo una pormenorizada reconstrucción histórica de una amplia etapa en la cultura alemana que halló el espacio propio para su puesta de largo en el Estado nacionalsocialista. Este autor considera primordial el Volk, en lo que se refiere a su significado de pueblo unido por un mismo sentimiento, una misma sensibilidad, un ideal común y una conciencia de destino, forjado todo ello en el curso de un amplio periodo de tiempo. Bajo este supuesto Mosse no desea expresar el fenómeno, sino atenerse a desentrañar las circunstancias que asistieron al nazismo en cuanto a la manifestación política de Alemania y que halló en Adolf Hitler al “personaje histórico” que supo guiar a su pueblo interpretando un interés común. Siguiendo con Mosse, observamos que el amplio movimiento *völkisch*²¹,

²¹ La ideología *völkisch* también mostró una gran reacción a la modernidad. Tanto en Alemania como en Austro-Hungría aquella se desarrolló tardíamente en comparación con las economías occidentales. La supervivencia de las conductas precapitalistas y las instituciones de estos países tuvieron como consecuencia una tensión sobrevenida por la modernización que se impuso sobre las personas que aún se identificaban con un orden social de tradición rural (Clarke. 2004: 4).



eje central de la ideología nazi, toma cuerpo en Alemania durante el siglo XIX, cimentado en un ideal nacionalista nutrido a través de la conquista napoleónica y espolado por una voluntad unificadora que dejase atrás la singularidad de los príncipes alemanes (Arcella, 2017: 190).

Por tanto, hay que tener en consideración que un intrincado desarrollo cultural ejerció su influencia durante un prolongado periodo en el movimiento nacionalsocialista, bastante tiempo antes de que se convirtiera en una formación política. Entre estas ideas estaban arraigadas las de unas concepciones románticas y místicas y ambas formaron parte de la revuelta que se extendió por Europa contra el positivismo en los últimos años del siglo XIX (Mosse, 1961: 81). Sabido es que el Romanticismo tuvo mayor repercusión en Alemania que en cualquier otro lugar de Europa. Esta virulenta reacción germana en contra del positivismo quedó estrechamente vinculada a la creencia en una fuerza vital cósmica de la naturaleza, una oscura fuerza cuyos misterios no se podrían entender a través de la ciencia sino a través de lo oculto. Una ideología sustentada en tales premisas se aglutinó en torno a las glorias de un pasado ario y al mismo tiempo ese pasado fue revestido de una interpretación romántica y mística (Mosse 1961: 81). Junto al fervor por el paisaje natural se enaltecía al campesino, héroe en la lucha por su tierra. Tierra por la que experimentaba una veneración cuasi religiosa, en oposición al proletariado urbano, hacinado e informe en su identificación con la gran ciudad; frente a la que se posiciona como clásico producto del idílico vínculo entre el hombre y la naturaleza (Arcella, 2017: 192).

Nos encontramos, por tanto, ante una historia oculta, obsesionada por mitos, símbolos y fantasías que incidirá en el modo de pensar de reaccionarios, autoritarios y nazis. También es una historia conformada por personajes marginales, ya que sus figuras más importantes eran místicos, videntes y miembros de sectas que poco tenían que ver con las realidades de la política o la administración. Pero estos personajes tuvieron la oportunidad de recurrir a la imaginación para describir un mundo de ensueño que a menudo subyace en los sentimientos de hombres corrientes en puestos de poder y responsabilidad. De hecho, sus ideas abstractas y extraños cultos se anticiparon a las políticas, doctrinas e instituciones del Tercer Reich (Clarke, 2004: 1).

En este contexto se combinó un nacionalismo alemán de tipo *völkisch*, que incluía el racismo y ocultos conocimientos extraídos de la teosofía propugnada por Helena Petrovna



Blavatsky²², cuyos fines eran profetizar y reivindicar una futura era donde Alemania ejerciera el dominio mundial. Sus escritos describían una prehistórica edad de oro, cuando sabios gnósticos y órdenes sagradas habían exhibido doctrinas ocultistas de carácter racista, gobernando sobre una sociedad extraordinaria y racialmente pura. Ellos afirmaban que una oscura conspiración con intereses anti alemanes, identificados con razas no arias, judíos e incluso la Iglesia primitiva, había tratado por todos los medios de arruinar esta cosmovisión germánica. La confusión racial resultante fue la proclamación de un mundo con sus guerras, dificultades económicas, incertidumbre política y el consiguiente desbaratamiento del poder en el mundo germánico. Para contrarrestar este mundo moderno, los ariosofistas fundaron órdenes religiosas secretas dedicadas al resurgimiento de conocimientos esotéricos perdidos, la virtud racial de los antiguos alemanes, así como la correspondiente creación de un nuevo imperio pangermánico (Clarke, 2004: 2).

Los Ariosofistas eran pesimistas culturales. Existe un evidente vínculo entre sus fantasías y los agravios de los nacionalistas alemanes en el imperio de los Habsburgo de Austria-Hungría hacia el final del siglo XIX. En esa trabazón influyeron factores tales como el catolicismo, la rápida urbanización, los cambios industriales en la sociedad, el conflicto de intereses entre los eslavos y alemanes en un estado multinacional, el auge del movimiento pangermanista austriaco de Georg von Schonerer y un darwinismo social muy en boga en ese momento. El darwinismo y sus preceptos racistas también fueron influencias cruciales sobre la forma de pensar de los ariosofistas. El rol y la importancia del ocultismo en sus doctrinas se explica principalmente como una sagrada forma de legitimación en consonancia con una profunda reacción al presente y a sus actitudes políticas extremas. Las fantasías de los Ariosofistas concernían al elitismo y la pureza, al sentido de una misión frente a las contradicciones y las visiones milenarias de un esperanzador futuro nacional. (Clarke: 2004: 2)

Como ya hemos mencionado con anterioridad en el apartado dedicado a la “cuestión alemana”, la desunión de Alemania había sido ilustrada gráficamente por el mosaico de pequeños reinos, principados y ducados, que, junto con los estados más grandes de Prusia y Austria, constituían el Sacro Imperio Romano Germánico de la Nación Alemana, hasta que

²² Helena Petrovna Blavatsky (Iekaterinoslav, 1831- Londres, 1891), fue una célebre teósofa rusa, fundadora y directora de la Sociedad Teosófica (17 de noviembre de 1875). Se dedicó a hacer turismo espiritual visitando la India, en donde se descubrió excepcionales dotes como médium. Pasó siete años en el Tíbet y allí fue iniciada, según ella, por los Mahatmas a la antigua sabiduría de la Gran Fraternidad Blanca (Arevalo Martínez, 1997: 294, citado en Fili Bocca, 1943).



se hace oficial su disolución en 1806. Después de la derrota de Napoleón, este estado de cosas apenas sufrió modificaciones reseñables. La articulación de una Confederación Alemana dejó a los estados miembros libres para seguir sus caminos por separado. Si los resultados del Congreso de Viena habían decepcionado a los nacionalistas alemanes en 1815 sus aspiraciones volvieron a caer en saco roto tras las revoluciones de 1848. Como resultado de este lento devenir en busca de la unificación política, los alemanes llegaron a concebir con más intensidad la unidad nacional al adscribirla al marco del ámbito cultural. Esta tendencia, que también abordamos con anterioridad, había tenido su origen a finales del siglo XVIII, cuando los escritores del movimiento prerromántico Sturm und Drang habían proyectado la identidad común de todos los alemanes a través de cantos populares, las costumbres y la literatura. Fue invocada la imagen idealizada de una Alemania medieval, para así demostrar su pretensión de unidad espiritual, incluso si nunca antes había habido unidad política. Este énfasis en el pasado y las tradiciones ancestrales dotaron a la causa unificadora alemana de un fuerte componente mitológico (Clarke, 2004: 3).

Los ariosofistas tuvieron sus raíces políticas, a finales del siglo XIX, espoleados por la ideología *völkisch* y el movimiento pangermánico en Austria. Su respuesta al problema de la nacionalidad y la modernidad fue absolutamente reaccionaria y les condujo a interpretar una particular visión de un imperio pangermánico, en el que a los no alemanes y a las clases bajas se les negarían todas las demandas vinculadas con la independencia o la representación política. Teorías sobre las excelencias de la raza ario-alemana, el antiliberalismo y la ansiedad por los cambios sociales y económicos simbolizan las preocupaciones relacionadas con su pensamiento *völkisch*, aunque hay que subrayar que el ocultismo fue una contribución original inherente al movimiento ariosofista. Se invocó a ese ocultismo para así cuestionar la validez de un orden social obsoleto, precario y perpetuado en el tiempo. Las ideas y símbolos de teocracias antiguas, sociedades secretas, la gnosis mística del rosacrucismo, el cabalismo y la masonería se entremezclaron en la ideología *völkisch*²³ con el fin de describir un mundo ideal, para de esta manera evidenciar que el mundo moderno estaba sustentado sobre preceptos falsos y nocivos, sobre todo en relación con el mundo idílico que propugnaban sus teorías. La confianza en estas materias semi religiosas, para así dotar de legitimación a sus

²³ La construcción mítica del pasado glorioso del ultranacionalismo alemán de estos grupos mantenía, asimismo, que en una remota antigüedad el wotanismo unía místicamente al hombre con el universo, que se comporta como una especie viva con sus ciclos de nacimiento, muerte y renacimiento (Campos-Pérez, 2011: 273, citado en Goodrick-Clarke, 2005; 75-82).



postulados, demostró la absoluta certeza de los ariosofistas en su disposición de corregir apropiadamente los derroteros tomados por la sociedad, siendo también esta circunstancia un indicador de su profundo desencanto con el mundo contemporáneo (Clarke, 2004: 5).

A modo de románticos reaccionarios y milenaristas²⁴, los ariosofistas se situaron en los márgenes de la práctica política, pero sus ideas y símbolos se transmitían a través de varios grupos antisemitas y nacionalistas en la Alemania de finales de la etapa guillermina, sobre cuyos postulados surgió el primigenio partido nazi en Múnich después de la Primera Guerra Mundial. A través del estudio de Clarke se rastrea la supervivencia de la ariosofía a través de vincular personajes e influencias literarias. Destacando la importancia que la influencia de List y Lanz von Liebenfels pueda haber tenido sobre este movimiento. La ariosofía continuó siendo fomentada en la década de los años 20 por pequeños grupos racistas que tomaron cuerpo durante la República de Weimar con la esperanza puesta en un renacimiento nacional. Al menos dos ariosofistas estuvieron estrechamente vinculados con el Reichsführer de la SS, Heinrich Himmler²⁵, en la década de los 30, contribuyendo con ello a sus proyectos cimentados en la prehistoria, el orden ceremonial de las SS, e incluso a sus idealizados planes para el Gran Reich Germánico del Tercer Milenio. En esta sucesión de explicaciones, se muestra cómo las fantasías de la ariosofía, además de presentar síntomas de ansiedad y nostalgia cultural, iluminan el último mundo soñado por el Tercer Reich (Clarke, 2004: 5-6).

Se puede constatar una clara conexión con la historia alemana posterior a través de las figuras que participaron en esta corriente de pensamiento, hombres que se convirtieron en prominentes figuras del movimiento nacionalsocialista. Sin embargo, es más significativo atisbar esta conexión en términos vinculados a una atmósfera intelectual y no circunscribirla a términos meramente individuales. Se está pues ante una preocupación por la configuración real de esta ideología, desde la última década del siglo XIX hasta la primera década del siglo XX. ¿Quién puede dar credibilidad o tomar en serio una ideología que asentó sus cimientos

²⁴ No se trata de la espera de las catástrofes que supuestamente deben marcar el año mil o el dos mil; el término, que ha sido tomado tanto en sentido estricto como simbólico, se refiere a la esperanza de mil años de felicidad terrenal. (...). Se trata de un verdadero viaje radical que en la Europa de Schopenhauer encuentra su versión decimonónica, divulgándose tras la primera Guerra Mundial. En 1918, Spengler publicó el primer tomo de su "*Decadencia de Occidente*", cosechando un gran éxito. En su obra el autor denunciaba todas las formas de esperanza, en particular las que proponían la Ilustración y el socialismo del siglo XIX (Delameau, 2003: 1- 13).

²⁵ Muchos líderes, incluyendo a Himmler y Hess, transitaban personalmente por un amplio número de creencias esotéricas, desde la astrología y el péndulo hasta la curación natural (Kurlander, 2015 : 504).



en las teorías ocultistas de Madame Blavatsky, rechazando la ciencia en favor de “ver con el alma” o rendir culto al sol? Sin embargo, estas ideas causaron una profunda impresión en toda una nación. (Mosse, 2004: 81)

Los primeros que formularon este mundo romántico y místico, hombres como *Paul de Lagarde* (1827-1891), *Guido Von List* (1848-1919), *Alfred Schuler* (1865-1923) y sobre todo *Julius Langbehn* (1851-1907), fueron popularizados por escritores como *Eugene Diederichs* (1867-1930), cuya influencia se manifestó en diversas ramas del movimiento. Fue Langbehn quien resumió su objetivo común: “transformar a los alemanes en artistas”. Bajo el término “artista” no hacían referencia a una profesión en concreto sino a una “cosmovisión” a la que bautizaron como “la máquina del hombre”. Esta transformación, que se pensaba omitida tras la unificación, transformaría el materialismo y la ciencia de la Alemania contemporánea en una perspectiva que propiciaría una renovación nacional integral. Esta visión particular, estaba en consonancia con una creencia en la fuerza vital cósmica que se enfrentaba a todo lo que era artificial o elaborado por el hombre. Langbehn proporcionó la clave de esta transformación: “el misticismo era el motor oculto que podía transmutar la ciencia en arte”. La naturaleza “romántico- mística” proporcionó la base para consolidar esta ideología. Eugene Diederichs afirmaba que el desarrollo de Alemania sólo podía progresar en oposición al racionalismo (Mosse, 2004: 82).

La conexión con lo romántico es más que evidente, pues en aquel periodo había una confrontación abierta entre el racionalismo y el irracionalismo propugnado por aquel movimiento, que ahora, a finales del siglo XIX, se seguía planteando con fuerza en su versión más moderna. Diederichs seguía sosteniendo que la imagen del mundo debía ser captada por una intuición cercana a la naturaleza, apelando a que el espíritu del hombre fuera captado por una intuición cercana a aquella. De esta fuente, el espíritu del hombre debía fluir y hacerlo converger con la unidad que formaba su propio pueblo, viendo reflejada esta espiritualidad en el místico alemán *Meister Eckhardt*²⁶ (1260 ?-1327 ?). Diederichs calificó a este movimiento como un “nuevo romanticismo” y estaba obsesionado con la búsqueda de una “humanidad genuina”, conectada a la cercanía con la naturaleza y a través del paisaje, lo que dotaba al hombre de una mayor sensibilidad respecto a la vida. Para alcanzar este objetivo,

²⁶ Los grandes arios del mundo moderno son los místicos alemanes, y sobre todo *maese Eckhardt*, porque Eckhardt ha abierto la posibilidad resueltamente moderna del mito productivo, del mito del alma libre (Lacoue-Labarthe y Nancy, 2002: 47).



la única salida para el individuo que formaba parte de la naturaleza era su retorno a la “madre tierra”²⁷. Este ideal condujo a una profundización en el culto al campesino. Julius Langbehn lo resumía así: “el campesino que en realidad posee un pedazo de tierra, tiene directa relación con el centro de la tierra. A través de este vínculo se convierte en maestro del universo”. A lo largo del siglo XIX los hombres abogaron por un retiro a paisajes vírgenes, alejados de una sociedad que se industrializaba y urbanizaba de manera vertiginosa (Mosse, 2004: 83).

Para el “nuevo romanticismo”, la naturaleza no significaba exclusivamente la única fuente de vitalidad y renovación humana. El misticismo desempeñó un papel fundamental en este movimiento, ya que se hallaba en estrecha conexión con la importancia que el alma del hombre poseía como “encarnación de la fuerza vital cósmica”. Langbehn apeló al concepto schilleriano del alma, al catalogarla como la “constructora del cuerpo”, agregando, que, “la forma externa del cuerpo era una silueta de su vida interior. En oposición al racionalismo, esta creencia en la fuerza vital se convirtió en una suerte de “religión cósmica”. Paul de Lagarde se expresaba en parecidos términos: “los alemanes, aunque se adentran en el futuro deberían regresar al pasado, un pasado carente de todo lo demás, excepto de la voz primigenia de la naturaleza. Fuerza que constituía lo eterno”. En Viena, Guido von List fusionó estos argumentos con las glorias de un pasado ario. La naturaleza era la gran guía divina y de él fluía la fuerza vital. Lo que estuviera más próximo a la propia naturaleza sería, por tanto, más cercano a la verdad. List estaba convencido de que el pasado ario era la manifestación más “genuina” de esta fuerza interior. Era lo más cercano a la naturaleza y, por ello, más alejado de la artificialidad. Bajo estas condiciones se propuso la tarea de recrear ese pasado (Mosse, 2004: 84).

Las ideas de List fueron trasladadas a Alemania a través de los esfuerzos de Alfred Schuler. Este destacado personaje, que jamás publicó una sola línea, atrajo hacia su persona a un grupo de fieles seguidores. El círculo de admiradores de Schuler, sostenía que él “veía con su alma” y “era capaz de reconstruir el pasado con su ojo interior”. Según Schuler, la fuerza vital interna se equiparaba a la fuerza de la sangre, un pensamiento común a otros escritores.

²⁷ Mantener vivo el contacto con la tierra (como terreno, suelo y patria, o sea, *Grund, Boden, Vaterland* o *Heimat*) fue un tema constante en la cultura alemana, frente a la necesidad económica de desarrollar su industria. Así que surgió el problema de como armonizar las dos exigencias y concepciones contrapuestas: mantener el carácter rural del país o apoyar una realidad industrial. La respuesta de quien consideró como único valor la opción para la tierra y su cultivo fue la oposición radical a la ciudad y la fuga hacia territorios vírgenes (Arcella, 2017: 193).



También creía que esta fuerza vital podía ser canalizada a través del espiritismo. De hecho, la ideología de este movimiento de Schuler tenía vínculos directos con aquellos movimientos ocultistas y espiritualistas tan en boga a finales del siglo XIX. Estos lazos fueron especialmente fomentados por la “teosofía”²⁸. La oposición a las corrientes positivistas²⁹ en Alemania se basaba en movimientos que en el resto de Europa sólo se consideraban “modas” y no como puntos de vista a tomar en consideración más allá de ser una mera tendencia que se encontraba de rabiosa actualidad. En Alemania, la creencia en la “fuerza vital” o la “religión cósmica encarnada en la sangre”, condujo a una cosmovisión que otorgó un estatus especial a aquellos que fueron “iniciados” en sus misterios. La semejanza de estas ideas con las ocultistas fue percibida por sus contemporáneos. Franz Hartmann, destacado teósofo estadounidense, destacó la similitud de las ideas de Guido von List con las de Madame Blavatsky, fundadora del movimiento teosófico. Blavatsky descubrió los rastros de una antigua ciencia secreta a través de fuentes antiguas y medievales. Ella sostenía que sus principios se habían perdido en el tiempo. Por otro lado, *List* afirmó que el cristianismo había tratado de eliminar el lenguaje de los antiguos alemanes, destruyendo así sus verdaderos conocimientos de la naturaleza (Mosse, 2004: 85-86).

Madame Blavatsky, en su libro *Isis unveiled*, (Isis desvelada), estuvo tentada a estudiar la naturaleza de la manera en la que los antiguos la habían abordado. No tanto en su configuración exterior sino en su connotación interna. Por tanto, comprobó que la naturaleza estaba siendo transmitida a través de una fuerza vital que ella interpretaba como un “éter vital omnipresente en una composición electro espiritual”. Esta idea abstracta influyó directamente en personajes como Herbert Reichstein durante la década de 1920. Él creía firmemente que el primer “ario” había sido creado por una descarga eléctrica proveniente del éter al que aludía Madame Blavatsky. A esta nueva teoría la bautizaron como “teozoología”. Siendo su enfoque muy similar a aquellos exponentes de la “fuerza vital” que hemos abordado con anterioridad. Blavatsky insistía en que “ver con el alma era la realidad”,

²⁸ El enorme poder que alcanzó el nacionalsocialismo no puede ser explicado exclusivamente por causas políticas y socio económicas: fueron necesarios poderes ocultos y de raigambre teosófica los que alentaron y sostuvieron la maquinaria nazi (Campos Pérez, 2011: 273, citado en Goodrick-Clarke, 2005: 270).

²⁹ La revuelta contra el mundo moderno ha tomado varias formas desde el movimiento romántico. Fue especialmente virulenta en el último tercio del siglo XIX en Alemania, donde los movimientos juveniles y ocultistas proponían visiones alternativas al mundo industrializado y cientifista, al igual que el movimiento nacionalsocialista. En el ocultismo contemporáneo y en las visiones alternativas de de la *New Age* podemos hallar una interpretación o enfoque del ser humano y del cosmos semejante (Campos, 2011: 271).



deplorando por ello los métodos científicos. Para la teósofa rusa el fuego era la sustancia universal del alma, lo que llevó a Franz Hartmann, teósofo estadounidense a aseverar que “el sol era la manifestación externa de un poder universal invisible” (Mosse, 2004: 85-86).

Para los personajes que hemos tratado, la imagen de un ario emergiendo desde el astro rey era muy común. El pintor Fidus, estrechamente ligado al movimiento juvenil alemán, utilizó el recurso pictórico del sol de manera muy recurrente. La pintura para él era una transmisión del mundo extrasensorial. Sus estudios abordaron el simbolismo astral, así como diseños de templos. Al propio Eugene Diederichs también le inquietaba muy mucho la simbología. En 1910 fundó el Jena el “Círculo Sera”, representado por una bandera roja y dorada con un sol como elemento central. Las actividades principales de este círculo giraban en torno a su movimiento juvenil: excursiones, bailes folclóricos y, sobre todo, el antiguo festival germánico del sol cambiante. En esta celebración se entremezclaban las costumbres tradicionales germánicas y el simbolismo espiritualista. Para Diederichs, el sol fue de igual manera el creador de la vida, una confirmación de la esencia fundamental de aquella fuerza cósmica subyacente en toda realidad (Mosse, 2004: 87).

El vínculo entre la teosofía y su particular cosmovisión perdurará a lo largo de la historia del movimiento teosofista. Esto quedará constatado de manera concluyente a través de “Prana”, una revista alemana de tirada mensual que aborda el espiritismo aplicado y que fue publicada por la editorial teosófica en la ciudad de Leipzig. El editor fue Johannes Balzli, secretario de la sociedad de Guido von List. La revista fue fundada con la intención de difundir las enseñanzas del maestro y así financiar su publicación. El nombre “Prana” se eligió con la intención de significar el poder del sol, símbolo visible de Dios y de “todos los presentes”. Al mismo tiempo, este se iba a convertir en el símbolo representativo de la “nueva Alemania”. La revista se encargó de promover nuevas ideas sobre alimentos y medicinas. La ciencia médica fue denostada en favor de la curación espiritual y se despreció el consumo de carne, pues su ingesta impedía el progreso espiritual, así como la comprensión de la naturaleza vinculada a la “fuerza vital”. Los teósofos ligaron estrechamente la carne animal con su inteligencia no desarrollada. Por tanto, el consumo de productos cárnicos propiciaría el contagio de la tosquedad animal en los humanos. A ello sumaron una teoría que manifestaba que el consumo de carne no podría aumentar la esperanza de vida, pues esta carecía de ella y



por ende conduciría a la muerte. Las conocidas veleidades médicas de Adolf Hitler³⁰ estaban íntimamente ligadas a la ideología mística aria que figuraba entre las páginas de “Prana” (Mosse, 2004: 87).

Esta revista no fue la única que propugnó esa línea de pensamiento. Las mismas ideas irrumpieron con inusitada fuerza en los años veinte. Arthur Dinter, declarado nacionalsocialista, fue un claro exponente de esta tendencia. Su célebre novela racial *El pecado contra la sangre*³¹ alcanzó una gran popularidad. Combinó la ideología racial con episodios que podían haberse seleccionado de los escritos de Madame Blavatsky. Posteriormente se convertiría en el editor del “Nacionalsocialista”, publicación que vio la luz durante los agitados años de la Alemania weimariana. Dinter hizo gala de un uso liberal de conceptos teosofistas como el éter astral, el sol o la idea del renacimiento. Para otro influyente personaje, Lanz von Liebenfels, pluma de referencia en la publicación “Prana”, el término “ariosofía” daba a entender la combinación de las ideas mencionadas anteriormente con un mundo cuya vista estaba centrada en el pasado germánico (Mosse, 2004: 88).

No es de extrañar, pues, que von Liebenfels, espiritualista militante, fuese el principal sustento económico de la sociedad de Guido von List. Cuando estos hombres reclamaban a los alemanes que se convirtieran en artistas, anhelaban que reconocieran a su verdadera alma como una expresión del espíritu cósmico del mundo sustentado en la naturaleza. Poseer tal espíritu tenía como significado el recordar lo que era verdaderamente genuino: el pasado germánico y al racionalismo moderno y perverso. Langbehn, citado muy a menudo por sus sucesores, percibió que éste y no otro era el individualismo verdadero en un mundo masificado. Por tanto, este individualismo conduciría a la creación de un “hombre orgánico” en contacto con las fuerzas cósmicas. Para List el pasado volvió a tomar vida en la forma muy humana de Tarnhari, quien se autoproclamaba como jefe de la perdida tribu de los Volsungen. Quien se escondía tras el seudónimo de Tarnhari era en realidad Ernst Lauterer, ocultista austriaco de comienzos del siglo XX, que se dio a conocer durante la primera década

³⁰La literatura de propaganda de los movimientos racistas, que el joven Hitler leía con profusión en la ociosidad de sus horas vienesas, fue el mediador entre el mito ario decimonónico y el movimiento nazi (Chapoutot, 2013:30).

³¹ El pecado contra la sangre (1918), obra de Arthur Dinter, narra la historia de una joven cuya sangre ha sido contaminada debido a que su padre, un magnate con un siniestro interés en la revista de mujeres, es judío. Su prometido alemán, solo se da cuenta de la naturaleza “indeleble de la maldición” cuando nacen sus hijos, inequívocamente judíos, siendo el primero de piel oscura y apenas humano (Ferguson, 2011: 131).



del siglo pasado y fue muy amigo de figuras prominentes en círculos racistas y esotéricos de la época. Estableció contactos con el propio Guido von List, Jorg Lanz von Liebenfels, Rudolf John Gorsleben o Karl Maria Willigut. Las tradiciones tribales rescatadas de un fondo de recuerdos ancestrales, confirmaron las investigaciones de List. Solo el que poseía conexión con el pasado genuino y era el portador de un alma verdadera se podría transmutar en un ente orgánico y no materialista. De lo que se desprendía que solo los arios³² pudieron aprehender los “misterios” vitales que regían el mundo (Mosse, 2004: 89).

Estas ideas posibilitaron a Langbehn acentuar aún más las cualidades del campesinado germánico antiguo y potenciar la instauración de una futura monarquía hereditaria. En su planteamiento, el gobierno de la nación estaría asistido por una “aristocracia rural” de carácter no hereditario. Cualquier alemán podría acceder a ella siempre y cuando se postulara en contra del racionalismo y se convirtiera en “artista”, es decir, en un hombre orgánico. El resultado de esta teorización monárquica de Langbehn, sería la de un estado organicista sin burgueses, proletarios o junkers. Solo formada por personas unidas por una creatividad común y un sólido vínculo de hermandad. Langbehn sentenció: “la igualdad es la muerte, una sociedad corporativa es la vida”. H.F.K. Günther³³, futuro experto racial más relevante durante el Tercer Reich, esbozó esa idea en su primer libro:

“los derechos humanos han precedido hoy el lugar de los deberes humanos. Estos deberes, expresados por primera vez en la lealtad del caballero a su rey y generalizados en toda la sociedad en la red de lealtades recíprocas entre terratenientes y campesinos, deben convertirse una vez más en el cemento de la organización social”. Según Günther, “la comunidad, el bien público, exige que cada profesión cumpla con el trabajo que le corresponde”. “Manifiesto, tal ideal social encontrando en todos estos hombres el ímpetu del romanticismo” (Mosse, 2004: 90). *Günther* se convertiría en el principal valedor del origen nórdico de las grandes civilizaciones, planteamientos defendidos no exclusivamente en sus compendios sobre raciología alemana y europea, sino en monografías dedicadas a la historia racial de la India, así como a la Antigüedad grecorromana (Chapoutot, 2013: 33).

³² El ario es el fundador de la civilización por excelencia, el Kulturbegründer (fundador de la civilización) o el Kulturschöpfer (creador de la civilización), (Lacoue-Labarthe y Nancy, 2002: 46).

³³ La tesis del origen nórdico de los pueblos indoeuropeos fue afirmada y defendida en el ámbito académico y ante el gran público por el teórico de la raza oficial del NSDAP, Hans Friedrich Karl Günther (1891-1968) (Chapoutot, 2013: 31).



Langbehn, percibía que el verdadero individualismo solo podía realizarse en un orden social de ese tipo, considerando que el individualismo de corte liberal era parte intrínseco de ese materialismo, fragmentando la sociedad en diferentes unidades en lugar de aglutinarla. Concluía afirmando que esa estructura corporativa no solo cumplía con los cánones del principio aristocrático, sino que también se manifestaba en consonancia con el pasado germánico. *Lagarde* vinculaba la libertad al hombre con que fuera capaz de seguir su principio creativo y que cumpliera con la misión de hacer lo que debía. Esta libertad conducirá a una visión orgánica del individuo. Por último, Diederichs catalogaba a la democracia social como “mecanicista”, considerando la viabilidad de un estado popular mediante la reestructuración de la sociedad de manera significativa y a través de la vía aristocrática, como único mecanismo donde los hombres puedan desplegar su “yo” interior (Mosse, 2004: 90).

En las variadas reflexiones de estos destacados personajes en su devenir a través de la Alemania ocultista decimonónica podemos atisbar variadas analogías y transversalidad con los planteamientos organicistas y antirrevolucionarios puestos en liza por los filósofos idealistas alemanes de finales del XVIII y principios del XIX. Hay una evidente confrontación frente a la modernidad y el mecanicismo de una sociedad cada vez más industrializada y moderna. El poderoso movimiento estético, adscrito al idealismo especulativo, también ejerció sobre este conjunto de hombres y mujeres una enorme influencia, convirtiéndolos en correa de transmisión de aquellos planteamientos prerrománticos y románticos que se fueron fusionando con el exacerbado nacionalismo que emergió con inusitada fuerza en Alemania durante el último cuarto del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX.

Esta ocultista panoplia de gurús del esoterismo anhelaba la transfiguración de su argumentario ideológico en hechos. Eugene Diederichs hizo uso de la palabra “teosofía” en el primer panfleto de su casa editorial, no porque fuera espiritualista, sino porque especulaba en demasía con la naturaleza. El sentimiento acerca del infinito debía conducir a hechos concretos. Por ello a su más importante diario lo bautizó como *Die Tat*, “El hecho”. De igual manera, *Lagarde* había dejado meridianamente claro, que, si bien algo se lograba mediante la comprensión de la verdadera ideología que propugnaba, tendría aún mayor relevancia transformar esos mismos ideales en una acción práctica de mayor envergadura. Se referían a la puesta en marcha de un “idealismo de los hechos” (Mosse, 2004: 91).



Hechos que ayudaran a crear una nación que estuviera sustentada sobre esta “base idealista”. De la mano de este concepto, los planteamientos sobre la puesta en práctica de la fuerza iban a desempeñar un papel relevante en esta doctrina. Para Langbehn, el arte y la guerra encajaban a la perfección entre aquellos postulados. En el pasado germánico, el verdadero desarrollo individual había ido a la par que la guerra. Esos ideales debían ser avivados a través del conflicto frente al mundo “no creyente” que les rodeaba. El “idealismo de los hechos” se amparó bajo el uso de la fuerza, para instaurar y defender una Alemania articulada sobre estos preceptos romántico-místicos. Debía hacerse uso de la violencia³⁴, no con la intención de acabar con la estructura social existente, sino para crear y perpetuar el “Estado orgánico³⁵”, y todo ello en contraposición a esa cultura materialista y racionalista en retirada, que había socavado al ario divorciándose de la “fuerza vital” de la naturaleza (Mosse, 2004: 91).

Para Julius Langbehn, Berlín y el judío fueron los principales elementos de una conspiración contra el renacimiento alemán, pues la capital era el feudo de los judíos. Ludwig Klages prosiguió con la tesis de List, afirmando que el cristianismo victorioso, emanado desde un centro hostil a los arios, había propiciado la extinción de antigua sabiduría de la naturaleza germánica. De esta manera, una conspiración cristiana universal contra la verdad se había posicionado junto a la conspiración judía universal, un complot documentado por los Protocolos de los sabios de Sión. Por el contrario, Schuler situó a Cristo como el más importante de los “iniciados” en la sabiduría germánica. List, en cambio, adscribió a figuras como Buda, Osiris y Moisés a un origen sajón. Lehman invirtió su tiempo en promover un evangelismo análogo mientras se agitaba contra los teólogos cristianos al considerarlos hostiles al “idealismo de los hechos”. Nuevamente, Langbehn apeló al uso de la fuerza y a modo de cruzada sugirió a los alemanes reflejarse en los obispos alemanes del medievo, que, espada en mano, avanzaban contra sus enemigos. Este cristianismo beligerante encajaba en el contexto alemán místico, pues representaba una humanidad que era concedora del uso de la fuerza. Langbehn, también propugnaba la combinación del arte y la guerra. Evidentemente, al fusionar a Cristo con la espiritualidad vital de los arios, estos hombres apostaban por la creación de una nueva religión nacional. Lagarde reinterpretó a Cristo para

³⁴ Ninguna obra del espíritu escapa al determinismo de la sangre y la tierra: *Blut und Boden* son las condiciones que necesita la creación humana (Chapoutot, 2018. 25)

³⁵ Quienquiera que pretenda edificar un Estado orgánico, es decir, en su estricto sentido, un Estado-cuerpo que se base a la vez en la “unidad por la sangre” y en una estricta jerarquización racial y funcional de la comunidad del pueblo, debe seguir los preceptos de Platón” (Chapoutot, 2018 : 44).



aproximarlo a sus tesis. Debía ser rescatado de San Pablo y que emergiera nuevamente con una imagen de héroe; así la juventud alemana podría articularse en torno a una vida activa y heroica. Esta visión estaba más acorde con los mitos religiosos alemanes y griegos que con los del Antiguo Testamento (Mosse, 2004: 92).

5. KULTURNATION.

En los planteamientos teóricos de Meinecke queda meridianamente clara la transferencia de elementos vinculados a la teorización que en el siglo XIX Hegel hizo de lo que él denominaba “producto cultural” y que en su obra Meinecke bautizó como *Kultur*nation³⁶. Bien es verdad, que, previamente, las inquietudes de Hegel y los otros dos fundadores del Systemprogramm, Schlegel y Hördelin, con respecto al uso de la mitología, giraban única y exclusivamente en torno a la libertad humana, la belleza y el arte, sin estar en absoluto vinculadas a proceso alguno de unificación territorial. Como ya comentamos, el factor exógeno que ejerció como detonante para que a posteriori brotara un irrefrenable impulso que hiciera emerger también la conciencia nacional estuvo motivado por las invasiones napoleónicas en los albores del siglo diecinueve.

Hay que situar la contribución a la *Teoría del Estado* de Meinecke, por un lado, en el debate suscitado en ámbito europeo durante el tránsito del siglo XIX al XX, en relación con el valor y la acomodación del “tema nacional”. Aunque también hay que ubicarla dentro del marco de las diversas vertientes ideológicas que van viendo la luz durante la República de Weimar, coyuntura donde la “cuestión nacional” va tomando gradualmente mayor protagonismo. Meinecke en su “Teoría del Estado” puso de manifiesto dos paradigmas de Estado Moderno: el *Nationalstaat*³⁷ moderno de “sentido político” y el *Nationalstaat*³⁸ moderno de “impronta

³⁶ Para los impulsores de la *Kultur*nation, la cultura y la nación dependían principalmente de la lengua. La lengua era, de hecho, el mundo único y fundamental que definía la identidad de los alemanes, en un contexto de desorganización política y de ausencia de vínculos sociales y políticos estables (Lugo Amador, 2012: 133).

³⁷ La Nación Estado, con su reivindicación de la representación popular y la soberanía nacional, tal como se había desarrollado desde la Revolución Francesa y a lo largo del siglo XIX era el resultado de la combinación de dos factores que en el siglo XVIII se hallaban todavía separados y que permanecieron separados en Rusia y Austria-Hungría: la nacionalidad y el Estado (Arendt, 1998: 196).

³⁸ La nación-Estado era el cuerpo político de las emancipadas clases campesina europeas. (Arendt, 1998: 196)



cultural”. El primero, fundado con arreglo a la doctrina *Staatsnation* es esencialmente político, mientras el segundo, fundado sobre la doctrina *Kulturnation*, está relacionado con una sustancia primigenia de carácter cultural y concebida como “hecho fundante básico” del estado, siendo su base marcadamente “organicista”. Estas dos visiones fueron lo más destacado de la contribución de Meinecke a la teoría del Estado del siglo XX. En tanto que la doctrina *Staatsnation* se manifiesta en torno a la vía liberal de la construcción nacional de un país, el fundamento de la *Kulturnation* y, por tanto, la doctrina que nos ocupa, representa la vía étnica hacia la nación y un Estado con la marcada impronta cultural resultante. (Del Real Alcalá, 2011: 180).

La herencia de Meinecke en los albores del siglo XX es una respuesta conservadora, rotunda, firme y exitosa a la teoría de nación liberal planteada por el francés *Ernest Renan*³⁹ en 1882. Esta estuvo supeditada por la apropiación de Alsacia y Lorena a manos de Alemania. Se trató, por tanto, de una confrontación entre ambos que giró en torno a la visión liberal de Renan y la posición conservadora o de base romántica organicista de Meinecke con relación a la manera de llevar a cabo la construcción de la nación y el Estado nacional. Con esta consideración el filósofo alemán pretende trasladar intelectualmente a “hechos razonables” las anexiones de Alsacia y Lorena, utilizando para ello y a su conveniencia las categorías *Kulturnation* y *Staatsnation* que con tal finalidad lleva a cabo. Esto nos da a entender que las categorizadas *Kulturnation* y *Staatsnation* fueron diseñadas al amparo del desarrollo que fue conociendo la “cuestión alemana” y el proyecto de construcción nacional de aquel país (Del Real Alcalá, 2011 : 181). Volviendo al Estado Moderno según la “doctrina *Kulturnation*”, Meinecke se posiciona a favor de un Estado basado en esta doctrina. El paradigma de estado resultante es interpretado como un “*Nationalstaat* moderno de impronta cultural”. Según el autor de estas teorías, las naciones culturales, en contraposición a aquellas de características exclusivamente territoriales, son aquellas las que están “fundadas predominantemente sobre alguna posesión cultural conquistada en común esfuerzo”; siendo la lengua⁴⁰, la literatura y la

³⁹ En *¿Qué es una nación?*, Ernest Renan, sutil conocedor del vecino alemán y su historiografía.

Advierte: “Un pasado heroico, grandes hombres, la gloria, éste es el capital sobre el que se asienta una idea nacional” (Chapoutot, 2013: 24).

⁴⁰ La investigación histórica de la lengua será en definitiva la investigación de la historia nacional. La lengua alemana, en ese momento histórico, no es considerada simplemente uno de los elementos de parte o de toda la comunidad alemana; en el caso de los alemanes, sin o precisamente por la falta de vínculos sociopolíticos estables, será la lengua el vínculo único y fundamental, donde radique su identidad (Hernández Rojo 1994: 253).



religión comunes las más importantes y eficaces posesiones culturales” que pueden “hacer surgir y cimentar una nación cultural”.

Prosiguiendo con su teorización, Meinecke afirma que la *Kulturnation* responde al hecho de que el hombre, “tiene necesidad de la comunidad, tanto para ubicarse como para realizar lo que vive en él”. Y, “de todos los círculos en los que puede situarse, ninguno lo acoge con tanta inmediatez, actúa con tanta fuerza, reproduce con tanta fidelidad toda su naturaleza física y espiritual como la Nación”, entendida como la comunidad cultural natural. Desde esta perspectiva, la *Kulturnation* está cimentada “en la posesión común de una cultura”. Para Meinecke la creación de la “doctrina *Kulturnation*” en Alemania constituye la “sustancia fundante” que está en la base de la creación del Estado moderno.

Dicha sustancia fundante, imprescindible en el Estado Moderno y de naturaleza “cultural”, incluye una determinada filosofía de la identidad colectiva⁴¹. Meinecke sitúa el origen germánico de la “doctrina *Kulturnation*” en Herder, aunque también en la de Fichte y con alguna apariencia en la “*Gemeinschaft*” de F. Tönnies, convergiendo todo ello en la tan divulgada teoría del *Völkgeist* de Hegel⁴². (Del Real Alcalá, 2011: 194).

Al utilizar el término *Völkgeist*, Hegel está realzando el *Geist*, a través del espíritu, como elemento concluyente de una totalidad. No obstante, el factor estrictamente geográfico tiene su significación, como lo constata el hecho de dedicarle un espacio a los factores vinculados a la geografía, aunque éstos no son determinantes en el *Völkgeist*, para el que sí lo es la totalidad de las instituciones populares. Por tanto, el *Völkgeist* es aquello que emana de cada persona y en lo cual vive, siendo todos y cada uno de los miembros representantes de ese espíritu” (Ribas, 1971: 24).

⁴¹ La identidad nacional, y el nacionalismo como un influyente discurso político de identidad colectiva, intentan lograr la autodeterminación de una comunidad política territorial, en tanto, implica adscripción a una especie de membresía colectiva (heredada o voluntariamente asignada) (Arenas Parraguez 2011: 24).

⁴² ¿Qué es el *Völkgeist*? En las *Vorlesungen über die Philosophie der Geschichte*, Hegel habla de una *Gesamtheit*, de una totalidad que constituye el espíritu del pueblo. Dentro de esta totalidad el individuo vive en una naturaleza, un suelo, un aire, un agua que son su país, su patria; por otra parte, hay una historia de acciones llevadas a cabo por los antepasados y que perviven en la memoria de cada individuo; están las instituciones, las costumbres, las leyes, la religión, el arte ... Todo ello forma la *Gesamtheiten* en que consiste el *Völkgeist* (Ribas, 1971: 24).



La Kulturnation está sustentada sobre un tradicional y sólido pensamiento radicado en el ámbito germánico que transcurre desde Herder hasta el propio Hegel. El resultante final es una filosofía identitaria colectiva tras la cual acontece la instauración del Estado, y desde donde se configura un Estado moderno de clara impronta cultural (Del Real Alcalá 2011: 194). Hegel considera al Estado como un “producto cultural” y su teorización del Volkgeist⁴³ está conformada como sustento primordial de la teoría del Estado de Meinecke.

Por tanto, el Nationalstaat moderno de características culturales, así como las corrientes que lo reivindican, se manifiestan como el resultado de una cultura nacional, en una dimensión en la que se halla claramente influenciado por una determinada cultura de ámbito nacional. En definitiva, la poderosa influencia⁴⁴ hegeliana ejercida sobre Meinecke tuvo un enorme peso en los planteamientos del filósofo prusiano. Esto explicaría la posibilidad de establecer paralelismos entre la consideración meineckiana de Kulturnation y la hegeliana de Volkgeist (Del Real Alcalá 2011: 194).

6. LA APROPIACIÓN DE LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA.

El nacionalsocialismo, por medio de un discurso proyectado hasta los orígenes, confirió al pueblo alemán de un prestigioso ascendiente, idóneo para exacerbar la maltrecha identidad de un pueblo gravemente dañado por la derrota de 1918 y el consiguiente Diktat asociado a aquel descalabro.

Hay que saber diferir entre los postulados weimarianos acerca de la Antigüedad de los puestos en liza por la maquinaria propagandística nazi. Durante la República de Weimar la acogida del ideal griego iba de la mano de conceptos como la “democracia” o la “polis” ateniense, en las antípodas del pensamiento nacionalsocialista, partidario del Estado militarizado espartano, engendrado por y para la guerra (Sala Rose, 2003: 181). El planteamiento y la divulgación de este discurso originario se puso en marcha a través de diferentes mecanismos, en particular por medio de la prolífica literatura científica, la historia

⁴³ Cada filósofo, por otra parte, se sentía miembro de una cadena continua y se apoyaba sobre la serie de sus predecesores para dar un nuevo avance con sus propias meditaciones (Valdeiglesias, 1953: 88).

⁴⁴La exploración filosófica del *Volkgeist* pasa necesariamente por Hegel, en cuya filosofía de la historia y del derecho —sobre todo en sus primeras formulaciones, al tratar de fijar su propia concepción de un Derecho natural «orgánico» frente al igualitario y universal de la Ilustración (Alonso, 1978: 141).



y la antropología, a menudo consideradas coadyuvantes de aquella formulación a disposición de la boyante ciencia raciológica y, por consiguiente, generando las tesis que el III Reich requería para su articulación discursiva. Este proceso encajó a la perfección, pues el nacionalsocialismo había vuelto a enarbolar la tradición del origen nórdico de la civilización, aceptado de buena gana por la comunidad científica alemana decimonónica (Chapoutot, 2013: 24). Esta sorprendente concordancia de lo nórdico con lo griego es el coherente resultado de una renovación de la prehistoria europea puesta en marcha en la Alemania de la época guillermina, así como de la vigencia de concepciones raciales albergadas por el nacionalismo étnico alemán (Sala Rose, 2003: 178).

La Antigüedad de Grecia⁴⁵ y Roma se transfiguró en el área donde canalizar todos los fantasmas, inquietudes y ansiedades representativas del nacionalsocialismo. La visión homófila de una perfección corpórea halló la manera de plasmarse en la excelsa estética griega. El espectro del yugo totalitario en una sociedad articulada sobre la figura de soldados políticos se nutrió del mito de Esparta⁴⁶, la imagen de un dominio imperial del mundo encontró su paradigma en Roma. La fijación por la lucha entre razas encontró sustento y confirmación en las guerras médicas y púnicas, así como una obsesión por la confabulación ratificada con la aparición del cristianismo oriental y de carácter semítico sobre Roma (Chapoutot, 2013:20).

Desde la época de la Reforma, los alemanes se encuentran conformados por una división territorial, un norte predominantemente protestante, un sur renano y alpino fervorosamente católico y una lengua fragmentada en una gran cantidad de dialectos. Constatada la infructuosidad de los planteamientos político, lingüístico y religioso, la Alemania decimonónica da un giro en busca del encaje para la definición antropológica de una identidad y un pasado sumidos en el más hondo de los misterios. Es hora de dotar de continuidad a una raza asentada en tierras germánicas desde al menos dos milenios atrás. Los ilustrados alemanes poseen desde el Renacimiento un texto de Tácito que detalla de manera exquisita a las poblaciones autóctonas que se cruzan en el tránsito de las legiones romanas al

⁴⁵ Para Hitler, la cultura griega expresaba la perfección máxima en todos los aspectos. De ahí que quisiera apropiarse de la antigua Grecia como origen del universo cultural ario (Sala Rose, 2003:178)

⁴⁶ Entre los motivos que explican la admiración de los nazis por la constitución política y social espartana se contaba no sólo el hecho de que estos constituyeran una élite política que mantenía subyugada y esclavizada a la población autóctona (al igual que Hitler quería hacer con los esclavos), sino también su ascetismo, su aversión por las influencias extranjeras y su estructura altamente militarizada y anti-urbana (Sala Rose: 2003: 182).



este del Rin y a través del área danubiana más septentrional. El *De origine et situ germanorum*, elaborado por Tácito, reviste con una pátina de prestigiosa Antigüedad a aquellas poblaciones carentes de crónicas escritas. A partir de ese instante, los alemanes ya disponen de su propia *Germania*. Merced a los escritos de un historiador romano de referencia, aquellos alemanes ya disfrutaban de un certificado de Antigüedad como justificación de una presencia remota y distinguida, desde el más lejano de los pasados hasta el presente (Chapoutot, 2013: 25).

Tácito mostró su convencimiento de que los germanos eran indígenas y que no se habían hibridado con pueblo alguno, bien por resultado de emigraciones o pactos de hospitalidad. Las palabras “germano” e “indígena” instauran el mito autóctono germano. En latín, el adjetivo “indígena”-*ae* proviene de *unde*, pronombre relativo o interrogativo que designa el origen y que tiene como correlativo *inde*. El indígena se convierte, pues, en “el que viene de allí”, del lugar en cuestión. Por tanto, el término empleado por Tácito se corresponde con precisión con la idea expresada por la doble raíz griega del vocablo “autóctono”. Es decir, los germanos han nacido de ellos mismos (auto) sin añadir, aportar o admitir a poblaciones exógenas, de su propia tierra (-ctono), como los propios atenienses, que sustentaban el pensamiento de su preeminencia entre el resto de etnias de origen helénico (Chapoutot, 2013: 26). De este modo queda señalado el camino para una acogida propicia y duradera de Tácito en el ámbito de un procedimiento de definición identitario. La “Germania” descrita por él y las ideas que propuso van a ir de la mano con una especulación permanente sobre la pureza, la centralidad y la universalidad de la sustancia alemana (Chapoutos 2013: 27).

Durante “el siglo de las luces”, la cuna de la humanidad, encuadrada con anterioridad en la Palestina de los profetas, da paso a la India, archiconocida merced al proceso exploratorio puesto en marcha por los viajeros británicos. Esta atmósfera anglófila contribuye a la expansión de las maravillas de la cultura india por el viejo continente y a las tesis que conectan la supervivencia de la humanidad tras el diluvio a las colosales cordilleras del Himalaya, donde ahora es emplazado el Monte Ararat, último refugio de Noé y su arca. A esto hay que sumarle el parentesco establecido por un juez británico destinado en Bengala, entre el sánscrito y las lenguas europeas, y se concluye que aquel es el origen de los idiomas contemporáneos. A la ecuación hay que añadir el factor de la expansión lingüística, que no es otro que las invasiones y conquistas indias que se sucedieron en Europa para así poder sostener con cierto criterio esta teoría (Chapoutot, 2013:29).



A principios del siglo XIX, Friedrich Schlegel en uno de sus escritos gesta la adición del término Arier al idioma alemán, con la intención de señalar a esos grupos humanos de conquistadores nómadas que fueron la génesis de esas lenguas, pueblos y cultura europea. Schlegel adopta el vocablo arya, que significa noble, término en que, por paronimia, cree descubrir el origen de la palabra Ehre, cuyo significado en alemán es “honor”. Esta circunstancia motiva que los alemanes, en mayor medida que británicos y franceses, adopten para sí este mito originario sobre el que invocarán una genealogía aria. El mito ario otorgó a Alemania una particularidad e identidad incomparables con cualquiera otra nación. A partir de este momento los alemanes vincularon de manera directa su tierra natal, con los territorios elegidos por los invasores arios. No conformes con la ya sólida estructura ideada para cimentar sus orígenes, paulatinamente fueron desplazando la primigenia cuna de la humanidad hacia el oeste, donde acabarían de situarla en los actuales territorios de Alemania y Escandinavia (Chapoutot, 2013: 29-30). Hay que recordar que en la versión primigenia del mito, Grecia y Roma figuraban en los arrabales, distanciadas del centro neurálgico de la historia y por ende, de la raza. Por tanto, griegos romanos y germanos únicamente estaban emparentados (Chapoutot, 2013: 38). Una teoría más tardía, moldeada en origen durante la Alemania de finales del XIX, daba a entender que los arios no provenían de la India, sino del norte de Europa, lugar de donde habían irradiado todas las civilizaciones vinculadas con posterioridad al imaginario nacionalsocialista. Esto incluía el admitir que la pujante civilización griega habría sido una contribución de las migraciones arias que habían partido del norte de Europa. Estos planteamientos fueron especialmente atractivos para un pueblo como el alemán, debido a una evidente debilidad vinculada a un pasado glorioso del que adolecían (Sala Rose, 2003: 179).

El conocido arqueólogo Heinrich Schliemann, descubridor de las ruinas de Troya, supuso, que, en la utilización compartida de la esvástica se hallaba una prueba fehaciente que evidenciaba la filiación común de los teutones, los griegos de época homérica y la India védica. En su libro *Troya*, publicado en 1884, dio pie a este supuesto al relacionar a los troyanos con los tracios, a quienes el arqueólogo consideraba teutones. En los ambientes ultranacionalistas, esta filiación germano-griega se transformó en un dogma incuestionable durante muchos años (Sala Rose, 2003:178). La catarata de dudosas oleadas migratorias esgrimidas por los científicos alemanes, fácilmente encajables en las demandas ideológicas del momento, apoyaron los postulados nacionalsocialistas que pretendían demostrar que cultura y civilización estaban inequívocamente vinculadas a la fertilidad espiritual de la raza



aria. Raza, que, según plasmó Adolf Hitler en *Mein Kampf*, sería la única promotora de cultura. En un discurso pronunciado en 1920, el Führer afirmó con contundencia que el gran nivel cultural adquirido por la cultura egipcia se debía a la llegada a aquellas tierras de inmigrantes arios, de igual manera que había sucedido en Persia o Grecia (Sala Rose, 2003: 180).

En la articulación del imaginario mítico del nacionalsocialismo irrumpió con cierta intensidad la utópica leyenda de la Atlántida. En algunas corrientes arionómanas racistas de Alemania, al estilo de la sociedad Thule-Gesellschaft, se identifica a veces la Atlántida con la *Ultima Thule* del geógrafo heleno Piteas. En este ambiente especulativo, el arianista *Karl Georg Zschaetsch* publicó en 1922 su Atlántida, patria original de los arios, donde justifica el planteamiento de una emigración indogermánica partiendo del foco de un supuesto continente atlántico desaparecido. Alfred Rosenberg se sumará a estas elucubraciones en su *Mito del siglo XX*, donde alberga de manera más que plausible la hipótesis de los Atlantes (Chapoutot, 2013: 46). En 1939, el departamento de la Herencia o Patrimonio Ancestral, el SS-Ahnenerbe, ente dependiente de la SS-Allgemeine, ala política de las Schutzstaffel que comandaba Heinrich Himmler, ordenó a un grupo de especialistas la redacción de un informe en aras a la creación de una fundación que diera cabida a un instituto histórico-racial para la Antigüedad Clásica. Las presuntas migraciones arias hacia el sur pretendían legitimar la expansión territorial del III Reich (SalaRose, 2003: 181).

El Reichsführer de las SS y el equipo directivo de la SS-Ahnenerbe tenían un especial interés en los aborígenes de las Islas Canarias, pues los consideraban una raza aria pura, no contaminada con el contacto de otros pueblos, siguiendo las tesis defendidas por Fischer y Wölfel. En enero de 1939, uno de sus miembros, el SS-Untersturmführer Otto Huth, tenía en marcha una investigación titulada *Quellensammlung zu Rasse un Religion der Kanarier* (Colección de fuentes sobre la raza y religión de los antiguos canarios), para un mejor conocimiento sobre la raza y las creencias espirituales arias. Esto fue planteado en un artículo bajo el título *Die Gessitung der Kanarier als Schlüssel zum Ur-Indogermanentum* (La civilización de los canarios como clave del origen del Indogermanismo), (Huth 1937), publicado en *Germanien*, la revista de las SS-Ahnenerbe. Herman Wirth, capitán de las SS y director de la fundación de 1935 a 1937, creía firmemente en la existencia de la Atlántida, de la cual las Islas Canarias y las de Cabo Verde serían las reminiscencias rocosas de aquel mítico continente que aún continuaban sobre el nivel del mar. La SS-Ahnenerbe, por indicación de



Huth, trató de incautar el *Archivum Canarium* de *Wölfel*, el cual poseía más de 6.000 fichas con información de Canarias, para hacerla llegar al *Forschungstätte für Indogermanische Glaubensgeschichte* (Instituto de Investigación de la Fe Indogermánica) (Medero Martín y Escribano Cobo, 2011: 105-106-108).

La súper-idealización del cosmos griego fue tomando cada vez más cuerpo a partir del año 1937 en Alemania, imponiéndose una nueva tendencia de pátina helenizante a aquella primigenia que se sustentaba sobre los pilares de la sangre y la tierra. El arte y la arquitectura ariaria se mimetizaron con el glorioso pasado griego y romano.

Adolf Hitler ya heredó la técnica, intrínseca al hombre nórdico o fáustico, con la estética armoniosa propia de la cultura helénica adscrita al sur de Europa. La sorprendente cohabitación en el Tercer Reich de dos visiones arquitectónicas tan antagónicas como el neoclasicismo y los vanguardistas muros cortina, respondió al insólito maridaje entre el elegante espíritu helénico y la sobria técnica germánica, a la que Hitler aludiera en *Mein Kampf*. Una de las icónicas construcciones por excelencia, enclavada en la capital ideológica Reich, fue la ciclópea gran tribuna principal del *Zeppelfeld* de la ciudad de Nüremberg, epicentro de la cosmogonía nacionalsocialista y mítico enclave para la apología doctrinaria del régimen. Albert Speer, arquitecto de referencia durante el nazismo y todopoderoso Ministro de Armamento, se dejó seducir por el imponente altar helénico de Pérgamo y plasmó su inspiración en la construcción destinada a albergar a los mayores gerifaltes del régimen nacionalsocialista. La puesta en escena de un nuevo altar, en combinación con una estudiada iluminación nocturna, proponía elevar a aquel espacio a un nivel de sacralización nunca visto hasta ese momento. (Sala Rose, 2003: 188).

El deporte, canalizado a través de una competición de origen espartano, la Olimpiada, fue el escenario propicio para la exaltación racial del régimen y armonizarla con el espíritu olímpico helénico. La cosmovisión nacionalsocialista profesó un desmesurado culto al cuerpo, fusionándolo con una competición deportiva regida por la lucha de la vida y la victoria del más fuerte. Los célebres documentales de la cineasta del régimen nazi, Leni Riefenstals, *Fiesta de los pueblos* y *Fiesta de la belleza*, realizados en 1938, constatan meridianamente la interpretación racial, enmascarada de manera oportunista entre los cánones clásicos de belleza griegos y romanos (Sala Rose, 2003: 189).

En definitiva, tras el planteamiento de los orígenes y la consiguiente normalización del mito ariario, se oculta una evidente fascinación por la cultura grecorromana. Para formalizar de facto



esta unión, raciólogos, historiadores y autoridades políticas se sumaron a la conformación de este discurso donde el mito ario se conecta de manera directa con la Antigüedad clásica y logra atraer todos sus logros a través de articular la nordicidad de griegos y romanos, haciendo partir el epicentro de ambas civilizaciones desde tierras nórdicas hasta hacerlas irradiar al resto del orbe. Esta anexión del patrimonio cultural de la humanidad y el prestigio que conllevó legitimaría las adhesiones territoriales que plantearon en el futuro. Al fin y al cabo, si todo proviene del norte, los representantes de la raza nórdica estarán en sus dominios, allí donde se encuentren. (Chapoutot, 2013: 67-68). En definitiva, el mito, adscrito a la ideología nazi, es un mito con connotaciones políticas, el conjunto de narraciones que lo conforman puede ser vista como el pasado al que siempre se retorna con la intención de renovar el poder del movimiento hacia el futuro; es decir, el pasado que dota al nacionalsocialismo de un proyecto identitario es, a su vez, instrumentalmente puesto al servicio del futuro (Uribe Botero A. 2013: 90).

7. CONCLUSIONES.

En este trabajo hemos dado cuenta de las fuentes de las que se nutrió uno de los componentes esenciales de la ideología nazi: el mito. El importante lugar que ocupó el regreso al pasado para fortalecer la acción de futuro como elemento identitario, que, lejos de articularse en la Alemania hitleriana, tuvo sus orígenes a finales del siglo XVIII y su desarrollo durante el periodo decimonónico y las primeras décadas del siglo XX. Adentrándonos en estas raíces del fenómeno hemos intentado aproximarnos a un aspecto poco tratado por la historiografía contemporánea, mucho más exhaustiva con otros capítulos de la historia de la Alemania nazi que con aquellos que no estaban bajo la cobertura de su radar cronológico. Con este propósito, nuestra indagación nos ha obligado a dar tres pasos progresivos: el primero nos llevó a los orígenes del mito, el segundo nos embarcó en el desarrollo de las ideas y concepciones que lo alimentaron a lo largo del ochocientos, y el tercero nos condujo a la consolidación de estos planteamientos míticos en el ideario nacionalsocialista.

Básicamente, se trató de un complejo proceso donde se fusionaron circunstancias de diferente calado que acabarían confluyendo en la vía de sentido único que significó para Alemania el más oscuro periodo de su historia. En primer término, abordamos la noción de la palabra “norte” como concepto vital en la construcción del mito, una concepción que se articuló a través de la prolífica literatura nórdica y caló profusamente en los ambientes



literarios del siglo XIX, conformando una sólida base sobre la que pivotarían el resto de circunstancias asociadas al fenómeno tratado en este trabajo. Ya profundizando en los orígenes del discurso, simultáneamente un grupo de románticos fervientes admiradores de la Revolución francesa acabaron desencantados con la deriva tomada por el proceso revolucionario, por lo que acabaron renunciando a ella. En el periodo inicial optaron una reconfiguración general de preceptos hasta entonces vinculados exclusivamente al arte. La influyente corriente filosófica alemana, representante del idealismo especulativo, fue la encargada de dotar a este movimiento con las herramientas necesarias para llevar a cabo su proyecto reformista. En sus inicios el movimiento romántico buscó desvincular el arte de todo objetivo relacionado con cualquier función moral o social, oponiéndose a la alienación del hombre y su entorno y contra la propia alienación del ser frente a la naturaleza. El Estado Moderno también ejerció una negativa influencia entre estos pensadores, pues se contraponía a la libertad individual a través de las nuevas máquinas que deshumanizaban al hombre y se interponían entre él y la tierra de la que antes podía disponer libremente.

El núcleo director de aquella escuela filosófica lo conformaron tres importantes personajes del Romanticismo alemán que desempeñaron un relevante protagonismo en esta nueva concepción puesta en liza por el movimiento estético que representaban. Schlegel, Hölderling y Hegel, con la intención de consolidar esta línea de pensamiento articularon un texto fundacional conocido como Systemprogramm, pionero del Romanticismo alemán que reaccionó contra “el terror” revolucionario y lanzó una enérgica propuesta contra los postulados impuestos por el Estado Moderno.

En el contexto revolucionario de esta propuesta cultural se apeló a alcanzar la verdadera libertad del individuo a través de la belleza y escapar así del “salvajismo y la barbarie” que supuso la cultura ilustrada. Para los románticos, las desgracias y contradicciones de la sociedad moderna estuvieron determinadas por la ausencia del mito. Grecia fue el indicador que guió la propuesta de una moderna mitología puesta al servicio de la liberación del individuo interior. A finales del siglo XVIII y principios del XIX emergió este movimiento filosófico de carácter estético que puso sus miras en situar la belleza en el puesto que le correspondía a través de la búsqueda de la libertad para que el mundo encontrara la armonía perdida. No obstante, esta vuelta a la cultura griega no tuvo lugar por mor de establecer una huida hacia adelante, sino como opción para el hallazgo de un modelo anterior en el que el hombre pudiera refundarse así mismo.



Un hecho determinante que canalizó estos postulados románticos hacia la política fueron las invasiones napoleónicas de principios del siglo XIX. La conciencia nacional alemana sufrió un importante espaldarazo, la unidad política y la grandeza nacional comenzaron a copar las preferencias de los alemanes. El movimiento Sturm und Drang (Tormenta e Ímpetu), comandado por Herder, maestro de Goethe, constituyó el primer referente del incipiente nacionalismo germano basado en el Volk, pues aglutinó a una serie de connotaciones colectivas como hablar una misma lengua, mantener fidelidad a unas costumbres y tradiciones comunes, asumir un pasado colectivo que exaltaba la impulsividad individual, asumir el sentimiento y las emociones y tratar los fundamentos de la religión vinculados a una naturaleza a la que presentan como un organismo viviente. Este tipo de fenómeno fue bautizado por Hanna Arendt como “nacionalismo tribal” y encuadraba a aquellos pueblos que no habían participado en la emancipación nacional y que por tanto no habían logrado la soberanía de una Nación-Estado. Precisamente, aquí se encuentra el precedente del Estado orgánico que Meinecke, en su obra *Teoría del Estado Moderno*, definiría como Kulturnation o Estado de impronta cultural a principios del siglo XX y algunas décadas más tarde la Alemania nacionalsocialista convertiría en un Estado con una mentalidad orgánico-heroica (organisch-heroische gessinung).

Es, por tanto, en el concepto herderiano del Völkgeist donde se halló el epicentro desde el que irradian los anhelos clásicos del nacionalismo alemán y que cobraron inusitada fuerza durante el siglo XIX. Inmersos en este proceso no iban a tener menos importancia los *Discursos a la Nación* de Fichte donde se potencian las excelencias, virtudes y cualidades que el historiador romano Tácito dejó para la posteridad en relación a las tribus germánicas que se confrontaron con Roma en época antigua. Estos discursos fueron rescatados por Fichte como aglutinantes del sentimiento patriótico alemán frente a las invasiones napoleónicas del siglo XIX, a la vez que daban fe del dominio cultural germano sustentado por las formidables características de una lengua originaria, sólido vínculo entre una comunidad nacional y que el nacionalsocialismo utilizó sesgadamente durante la articulación de su régimen, como herramienta para la exaltación identitaria del pueblo alemán.

El contexto de frustración nacional fue claramente constatado por el problema generado por “la cuestión alemana” durante gran parte del siglo XIX. Durante este periodo el Congreso de Viena tampoco alivió los deseos alemanes para unificarse. El periodo restaurador que siguió al Concierto de Europa se materializó con la reducción de aquella primigenia



amalgama de ciudades-estado, ducados, margraviatos, principados, obispados y baronías, pero manteniéndose bajo el amparo de estructuras político-administrativas franco-napoleónicas. Aun así, estuvo marcado por una virulenta corriente nacionalista-liberal que recorrió Europa de norte a sur, siendo el tema de la unificación el eje sobre el que pivotaron las aspiraciones alemanas de emancipación. La historiografía alemana de la mano de Leopold von Ranke, y siguiendo con el proceso de "construcción nacional" llevado a cabo por los nacionalismos europeos, también exacerbó los sentimientos nacionalistas al apelar al "genio de la nación" para activar la creación de un estado propio. El fracaso de la Revolución de 1848 tampoco colmó las aspiraciones alemanas de unidad y libertad política, de forma que la configuración de Alemania siguió permaneciendo fiel a la Confederación Germánica, frustrándose una vez más los anhelos unificadores.

El aliciente económico fue un impulso decisivo para la unificación alemana. Burguesías y aristocracias terratenientes guiaron el proceso unificador a través de la implantación de la Zollverein primero y la Nationalverein después. Prusia como Estado predominante en aquella área, intentó desactivar a Austria como rival zonal y utilizó los ducados daneses de Schleswig y Holstein como excusa perfecta para declarar la guerra y vencer en la contienda de 1866. A pesar de que Bismarck puso sobre la mesa una Confederación Alemana del Norte, aquella contienda no logró unificar los territorios como el Canciller tenía pensado. El aislamiento de Austria, una zona con la misma lengua y las mismas costumbres no tuvo el éxito esperado. Otro intento de unificación que se produjo en 1868 volvió a pinchar en hueso, con la negativa de los Estados alemanes del sur. Sólo una guerra diseñada por *Otto von Bismarck* contra Francia, con la intención de reconducir la idea patriótica por medio del padecimiento común, dio los resultados apetecibles. La Guerra Franco-Prusiana consolidó las aspiraciones prusianas de una Alemania unida, instaurando el II Reich en 1871 hasta su disolución tras la I Guerra Mundial.

La política nacionalsocialista cimentó sus bases ideológicas sobre los valores adoptados por Alemania tras la irrupción del Romanticismo. Llevó a cabo la reconstrucción histórica de una amplia etapa en la cultura alemana en la que halló el espacio propio para su consolidación en el Estado nacionalsocialista. Mosse, experto conocedor de la etapa ocultista y esotérica previa a la configuración del III Reich, considera vital el concepto del Volk como elemento catalizador del pueblo alemán y tiene en consideración el intrincado desarrollo cultural y su influencia durante un largo periodo de tiempo en el movimiento nacionalsocialista. Basado



en la fuerte influencia que el movimiento romántico ejerció en Alemania, se generó una virulenta reacción frente al positivismo imperante que se plasmó en la creencia de una fuerza vital cósmica de la naturaleza. Una serie de características solo entendibles a través de lo oculto y no de la ciencia convencional formaron parte de una ideología que se sustentó en torno al culto de un pasado ario revestido de una pátina romántica y mística, y al que añadieron un exacerbado fervor por un paisaje natural sobre el que se enaltecía al campesino, héroe en la lucha por su tierra. Todo ello se cimentó en una fuerte oposición al proletariado urbano y a lo que significaba la ciudad con perversa antítesis de la naturaleza. Nos encontraremos ante una historia obsesionada por mitos, fantasías y símbolos soterrados bajo teorías ocultistas. Un discurso llevado a la máxima expresión por personajes marginales entre los que se entremezclaron místicos, gurús, videntes y ocultistas de toda índole, cuyas extrañas teorías y cultos tuvieron gran raigambre en las políticas e instituciones del Tercer Reich.

En los planteamientos teóricos de Meinecke quedó constatada la recepción hacia sus postulados de elementos directamente relacionados con los planteamientos expuestos en el siglo XIX por *Hegel* y que este último denominó como “producto cultural”. Meinecke en su teorización de principios del siglo XX puesta de manifiesto en su obra *La teoría del Estado*, dibujó dos tipos de Staatsnation o Estados Nación modernos, uno de estricto sentido político y características liberales, el otro de clara “impronta cultural”. Según el filósofo del Estado, las naciones culturales, en contraposición con las territoriales, estaban fundadas sobre posesiones culturales llevadas a cabo por el esfuerzo común, con la lengua, la literatura y una religión común, como las más importantes posesiones culturales que pueden hacer surgir una “nación cultural”. Meinecke afirmó que la Kulturnation que él propugnaba respondió a la necesidad del hombre de estar vinculado a su comunidad. Ninguno de los círculos en los que puede situarse lo alberga con tanta inmediatez, reproduciendo con tanta fidelidad su naturaleza física y espíritu como la Nación, entendida como comunidad cultural natural. Meinecke, mostró su predilección por la doctrina de la Kulturnation, manifestando que para Alemania constituyó la sustancia fundante que se hallaba en la creación del Estado moderno. Dicha sustancia asociada una determinada filosofía que incluía la identidad colectiva. En definitiva, El “producto cultural” de Hegel y su teorización del Völkgeist, conformaba un elemento primordial de la teoría del Estado de Meinecke, merced a la gran influencia que Hegel ejerció sobre el filósofo prusiano.



El nacionalsocialismo proyectó un discurso que viajaba hasta los orígenes y que dotó al pueblo alemán de un prestigioso pasado. Esta estructuración discursiva originaria se puso en marcha a través de varios mecanismos, sobre todo siendo vehiculado por medio de científicos, antropólogos e historiadores puestos al servicio de la causa. Este planteamiento estaba alejado de la vertiente weimariana de la Grecia clásica y estaba sustentado en un Estado de corte militarizado y con estructuras análogas a las visibles en el gobierno de características espartanas, donde el individuo desde sus orígenes estaba destinado por y para la guerra. Los alemanes, a través de esta apropiación de la Antigüedad se revistieron de una pátina prestigiosa, aderezada con componentes mitológicos. Retrocediendo hasta época romana para cimentar sus orígenes reconvirtieron lo antiguo en nórdico y atrajeron para sí todo lo que hasta ese momento perteneció de pleno derecho a la Humanidad en su conjunto. Esto reforzó el pasado de una comunidad históricamente carente de crónicas escritas, dotando al Estado orgánico heroico nacionalsocialista de un certificado de Antigüedad del que hasta ese momento carecían. Para ello no dudaron en apropiarse de la geografía, pues trasladaron a aquellas civilizaciones al norte, como de la cultura y el arte que no dudaron en replicar en sus ciclópeas construcciones en Alemania.

Este apresamiento de la totalidad del patrimonio cultural de la humanidad como si de un ascendiente propio se tratara dio una presunta legitimidad a Alemania para llevar a cabo la ingente cantidad de fuerza y anexiones territoriales que llevó a cabo en los venideros años de conquistas del Lebensraum, el espacio vital de la Kulturnation. Todo lo que provino del norte pertenecía a la raza nórdica porque ésta, allí donde se hallara, estaría dentro de los legítimos límites de sus dominios. Hemos visto, en fin, cómo ese fenómeno el mito nacionalsocialista se nutrió de diferentes componentes ideológicos, culturales y sociopolíticos en su viaje a través del tiempo y cómo las circunstancias de un país no conformado como tal y carente de una identidad a la altura de sus vecinos continentales va diseñando una cosmovisión a la carta con la que así poder articular una herramienta identitaria y un prestigioso pasado con el que conseguir legitimar futuras acciones de poder dentro y fuera de Alemania.



BIBLIOGRAFÍA.

Alonso Olea, Manuel (1978): “Una nota sobre el espíritu del pueblo”, *Revista de estudios políticos*, 2, pp. 141-152.

Arango Restrepo, Sofía Stella (2008): “Goethe y el Romanticismo alemán”, *Lingüística y literatura*, 53, pp. 51-64.

Arcella, L. (2017): “Obsesión por la belleza. Nazismo y cultura alemana: una opción estética”. *Historia y espacio*, 13 (49), 185-224.

Arenas Parraguez, .M. (2011).” La identidad colectiva como tema para el estudio filosófico”. *Astrolabio: revista internacional de filosofía*, 12, pp. 22-36.

Arendt, H. (1998). *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid. Editorial Taurus.

Arévalo Martínez, R. (1997). *El hombre que parecía un caballo y otros cuentos*. París. Editorial Crítica.

Campos Pérez, R. (2011). “El ocultismo nacionalsocialista y el discurso alternativo contemporáneo”, *Éndoxa: Series filosóficas*, 27, pp. 271-293.

Chapoutot, J. (2018). *La revolución cultural nazi*. Madrid. Alianza Editorial.

Chapoutot, J. (2013): *Nacionalsocialismo y antigüedad*. Madrid. Abada Editores.

Delameau, J. (2003). “Historia del milenarismo en Occidente”. *Historia Crítica*, 23, pp. 1-14.

Del Real Alcalá, A. (2011):” La teoría del Estado de Meinecke: modelos de Estado moderno según las doctrinas "Staatsnation" y "Kulturnation". *Revista de Estudio Políticos*, 154, pp.177-210.

Dinter, A. (1918). *El pecado contra la sangre*. Madrid. Penguin Random House. Grupo Editorial España

Eliade, M. (2006): *Mito y realidad*. Barcelona. Editorial Kairós.

Escobar y Kirkpatrick, J.I. (1953). “La Revolución Conservadora en Alemania”, *Revista de Estudios Políticos*, 67, pp. 83-97.

García Morán, Juan (1993): “A vueltas con la cuestión alemana: entre la democracia y la tentación nacionalista”, *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, 14, pp. 169-201.



- Gimber, Arno (2008): “Mito y mitología en el Romanticismo alemán”, *Amaltea: revista de mitocrítica*, 0, pp. 13-24.
- Goodrick Clarke, N. (2004). *The dark roots of nazism, Secret aryan cults and their influence in nazy ideology*. London. Tauris Parke Paperbacks.
- Hernández Rojo, J.M. (1994).” Cultura y Germanística”. *Revista de filología alemana*, pp. 251-261.
- Innerarity Grau, D. (1989): “Dialéctica de la Revolución: Hegel, Schelling y Hölderlin ante la Revolución Francesa”, *Anuario filosófico*, 22 (1), pp. 35-54.
- Jurcic, C. (2010): “La recepción del norte en la literatura en lengua alemana: revisión histórico-literaria de un concepto espacial”, *Revista de filología alemana*, 18, pp. 287-302.
- Kurlander, E. (2015). “The Nazi Magicians’ Controversy: Enlightenment, “Border Science” and Occultism in The Third Reich”, *Central European History. Cambridge University Press*, 48, 498-522.
- Lacoue-Labarthe, P.: Nancy, J.L. (2002): *El mito nazi*. Barcelona: Anthropos Editorial.
- Lugo Amador, L.A. (2012). *Germanofilia: Origen. Estado de la cuestión y perspectivas*. San Juan de Puerto Rico. Editorial Geópolis.
- Mederos Martín, A. y Escribano Cobo, G. (2011). *Julio Martínez Santaolalla, Luis Diego Cuscoy y la Comisaría Provincial de Excavaciones Arqueológicas de las Islas Occidentales (1939-1955)*. Santa Cruz de Tenerife. Museo Arqueológico de Tenerife. Organismo Autónomo de Museos y Centros del Cabildo de Tenerife.
- Moradiellos, E. (2009): *Las caras de Clío. Una introducción a la historia*. Madrid. Siglo XXI de España editores.
- Mosse, G.L. (1961):” The Mystical Origins of National Socialism”. *Journal of the History of Ideas*, 22 (1), 81-96.
- Muñiz Recio, S. (1999):” Tópicos de la xenofobia en la cultura germana: Tácito y el Nacionalismo alemán (una contribución desde la asignatura de lengua latina en el año europeo contra el racismo)”. *Aula abierta*, 73, pp. 133-158.
- Nicolson, H. (1985): *El Congreso de Viena*. Editorial Sarpe.
- Pérez Soto, C. (2010). *Sobre Hegel*. Santiago de Chile. Lom Ediciones.
- Querol, J. M. (2009). “Imago Mundi: la construcción literaria de la geografía mítica, fantástica y política”, *Asociación Cultural Xatafi*, 1, 863-877.
- Ribas Ribas, P. (1971). “El Volksgeist de Hegel y la intrahistoria de Unamuno”. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 21, pp. 23-33.

Sala Rose, R. (2003). *Diccionario crítico de mitos y símbolos del nazismo*. Barcelona. Círculo de Lectores S.A.

Strauss, L. (1987). *Antropología estructural*. Barcelona. Editorial Paidós.

Uribe Botero, A. (2013). “El lugar del pasado en la ideología nazi”, *Revista de Estudios Políticos*, 43, pp.76-91.